

PEQUEÑA ANTOLOGÍA ANARCOFEMINISTA



***Voltairine de Cleyre / Emma Goldman / Teresa Claramunt
Federica Montseny / Lucía Sánchez Saornil
Peggy Kornegger / Kathleen O'Kelly / Deirdre Hogan***



[Anarquismo en PDF]

PEQUEÑA
ANTOLOGÍA
ANARCOFEMINISTA



[Anarquismo en PDF]

1ª Edición: 8 de marzo de 2016, día de reivindicación y
lucha de la mujer trabajadora.

Portada: [Ivanchuki](#)

Edición: *La Congregación* [Anarquismo en PDF]



Rebellionem facere aude!

ÍNDICE

Voltaireine de Cleyre

Esclavitud sexual (1890).....5

La Cuestión de la Mujer (1913) 23

Emma Goldman

Anarquía y la cuestión sexual (1896).....27

La tragedia de la emancipación de la mujer (1906)..35

Teresa Claramunt

A la mujer (1899) 49

La igualdad de la mujer (1886).....53

Federica Montseny

La mujer nueva (1926)..... 71

Feminismo y Humanismo (1924) 77

Lucía Sánchez Saornil

La cuestión femenina en nuestros días (1935) 83

Las mujeres. Ellas también lo dieron todo (1937) ... 89

Peggy Kornegger

Anarquismo: la conexión feminista (1975)..... 93

Kathleen O'Kelly

Feminismo y Anarquismo (1993) 127

Deirdre Hogan

Anarco-Feminismo: pensando en anarquismo (2004)

.....135

Feminismo, clase y anarquismo (2007)139

Puño en alto mujeres de Iberia
hacia horizontes preñados de luz
por rutas ardientes,
los pies en la tierra
la frente en lo azul.

Afirmando promesas de vida
desafiamos la tradición
modelemos la arcilla caliente
de un mundo que nace del dolor.

¡Qué el pasado se hunda en la nada!
¡Qué nos importa el ayer!
Queremos escribir de nuevo
la palabra MUJER.

Puño en alto mujeres del mundo
hacia horizontes preñados de luz,
por rutas ardientes,
adelante, adelante,
de cara a la luz.

Voltaire de Cleyre

Esclavitud sexual (1890)*

¡Noche en la cárcel! ¡Una silla, una mesa, un pequeño lavabo, cuatro paredes vacías, fantasmagóricas a la tenue luz del pasillo de fuera, una ventana estrecha, con barrotes y tapiada, una puerta chirriante! Tras la temible celosía de hierro, entre las paredes — ¡un hombre! Un hombre anciano, arrugado y con el cabello gris, cojo y doliente. Ahí se sienta, en su gran soledad, aislado del resto del planeta. ¡Ahí camina de un lado a otro, dentro de su espacio asignado, apartado de todo cuanto ama! Allí, cada noche de los próximos cinco años, seguirá caminando solo, mientras la edad encanece su cabeza, mientras los últimos años del invierno de su vida se acumulan y su cuerpo se acerca a las cenizas. Cada noche de los cinco largos años que vienen estará solo este cautivo cuya pena se cobra el Estado (y sin más contrapartida que la que el plantador sureño daba a sus negros), cada noche se sentará entre las cuatro paredes blancas. Cada noche de los próximos cinco largos años una mujer sufrirá tumbada en su cama, anhelando, anhelando el fin de esos tres mil días, añorando el rostro amable y la mano paciente que nunca le habían faltado durante tantos años. Cada noche de los cinco largos años que vienen, el espíritu orgulloso se rebelará, el corazón amoroso sangrará, y el hogar roto debe ser profanado. Mientras yo hablo, mientras me escucháis, allí en la celda de esa maldi-

* publicado póstumamente en 1914. Tomado de [ZODAXA](#).

ta penitenciaría cuyas piedras han absorbido el dolor de tantas víctimas asesinadas, igual que fuera de esos muros, por esa pausada putrefacción que devora la existencia, poco a poco... mientras yo hablo y vosotros escucháis, ¡allí está Moses Harman!

¿Por qué? Cuando los asesinos campan en vuestras calles, cuando los sitios de iniquidad han crecido tanto que la competencia ha llevado el precio de la prostitución al nivel de los salarios de los tejedores hambrientos; cuando los bandidos se sientan en los senados estatales y nacional y en el Congreso; cuando la supuesta «fortaleza de nuestras libertades», el sufragio electivo, se ha convertido en un casino donde los grandes apostantes juegan con vuestras libertades; cuando los peores depravados ocupan los cargos públicos y viven a cuerpo de rey alimentados por los idiotas que los apoyan, ¿cómo es que Moses Harman está en esa celda? Si es un criminal tan grande, ¿por qué no está con el resto de su calaña cenando en Delmonico's o viajando por Europa? Si es un hombre tan malvado, ¿qué maravilla hizo que acabase en prisión?

Ah, no, no es porque hiciera nada malo, sino porque, con ánimo entusiasta, buscó y buscó siempre la causa de la miseria de la gente que amaba con esa forma amplia de amor que sólo puede dar un alma pura, buscó los datos del mal. Y en su búsqueda encontró que el vestíbulo de la vida era la celda de una prisión; encontró que la parte más santa y pura del templo del cuerpo, si es que realmente hay una parte más pura o santa que otra, el altar donde se debe depositar el amor verdadero, era destruida, saqueada, pisoteada. Encontró bebés desamparados, pequeños entes sin voz, generados por la lujuria, malditos por naturalezas mo-

rales impuras, atacados antes de nacer por los gérmenes de la enfermedad, condenados a llegar a este mundo para penar y sufrir, a odiarse a sí mismos, a odiar a sus madres por tenerles, a odiar a la sociedad y a ver devuelto ese odio; una desgracia para sí mismos y para su raza, sorbiendo los poros del crimen. Y dijo este criminal ahora vestido con el uniforme a rayas, «¡Dejad que las madres de la raza sean libres! Dejad que los niños sean frutos del amor puro, del mutuo deseo de ser padres. Dejad que los grilletos del esclavo se rompan, y que no nazcan más esclavos ni se conciban más tiranos».

Este hombre obscuro observó con claros ojos esa rapiña que llamas moralidad, estampada con el sello del matrimonio, y vio en ella la consumación total de la inmoralidad, la impiedad y la injusticia. Observó que la mujer casada era una esclava que adopta el nombre de su amo, come su pan, obedece sus órdenes y sirve a sus deseos: que atraviesa las penurias del embarazo y los esfuerzos del parto por el dictado de él y no por el deseo de ella; que no puede controlar propiedad alguna, ni siquiera su propio cuerpo, sin su consentimiento; que los niños que de ella nacen pueden ser arrancados de sus brazos al nacer, o que se puede firmar que estén lejos de ella incluso antes de salir de su vientre. Se dice que la lengua inglesa tiene una palabra más hermosa que ninguna otra, —hogar. Pero Moses Harman escudriñó debajo del concepto y descubrió el hecho de que era una prisión más horrible que aquella en la que se sentaba ahora, cuyos pasillos se extienden por toda la tierra y con tantas celdas que nadie puede contarlas. ¡Sí, amos! ¡La tierra entera es una prisión, el matrimonio una celda, las mujeres sus prisioneras, y vosotros sois los carceleros!

Este corruptor vio cómo en esas celdas se producían tales atropellos como para dar sudores fríos en la frente, apretar las uñas contra los puños, rechinar los dientes y sentir los labios lívidos de agonía y odio. También conoció cómo de esas celdas no salía ninguna esclava a romper sus cadenas, cómo ninguna se atrevía a expresarse, cómo todos esos asesinatos se producen de forma silenciosa, y que ocultos a la sombra del hogar, y santificados por la bendición angélica de un trozo de papel y al cobijo de un certificado de matrimonio, las violaciones y el adulterio campan a sus anchas.

Sí, es adulterio el que la mujer se someta sexualmente al hombre, sin deseo por su parte, para «mantenerlo en la senda correcta», «tenerlo en casa», como dicen. (Bueno, si un hombre no me quiere ni se respeta a sí mismo lo suficiente como para «preservar su virtud» sin prostituirme se puede ir con viento fresco. No tiene virtud que preservar). Y es violación el que un hombre fuerce a una mujer a tener sexo, se lo permita la ley del matrimonio o no. Y es la más cruel de todas las tiranías el que un hombre haga que una mujer a la que dice amar soporte la agonía de tener niños que ella no quiere y para los que, como es más bien la regla que la excepción, los padres no pueden alimentar. Es peor que cualquier otra opresión humana: ¡es en verdad divina! No hay en la Tierra tirano similar al sexual: ¡uno debe ir a los cielos para encontrar un monstruo que dé vida a sus hijos para luego matarlos de hambre, maldecirlos, expulsarlos y condenarlos! Y sólo por la ley del matrimonio se puede lograr dicha tiranía. El hombre que engaña a una mujer fuera del matrimonio (y que lo hará dentro del matrimonio, claro) puede no reconocer a su propio hijo, si es

suficientemente cruel. Él no puede arrancar el bebé de los brazos de ella, ¡no puede tocarlo! La chica a la que afrontó podrá morir en la calle o pasar hambre gracias a la pureza y rectitud de vuestra moralidad. Él no puede forzar su odiosa presencia ante ella otra vez.

Pero a su esposa, caballeros, a su esposa, la mujer a la que respeta tanto que consiente que ella fusione su personalidad con la de él, pierda su identidad y se convierta en su cautiva, no sólo podrá hacerle hijos aunque ella no quiera, humillarla a su conveniencia y mantenerla como un mueble cómodo y barato; si ella no obtiene un divorcio (y por esa causa no se concede) él puede seguirla a donde quiera, ir a la casa de ella, comer su comida, forzarla a volver a la cárcel, ¡y matarla en virtud de su autoridad sexual! Ella no tiene ninguna forma de responder a menos que él sea suficientemente indiscreto como para abusar de ella de alguna forma menos brutal pero no permitida. Conozco un caso en vuestra ciudad en el que una mujer estuvo perseguida durante diez años de esta forma por su marido. Creo que al final tuvo el buen gusto de morirse: por favor, aplaudidle lo único bueno que hizo en su vida.

¿No es extraña toda esta parla de la preservación de la moral por parte de la ley matrimonial? ¡Cuánto cuidado en preservar lo que no tenéis! ¡Qué grande es la pureza por la cual se teme que los niños no sepan quién es su padre porque de hecho tendrían que fiarse de la palabra de su madre en vez de los certificados comprados a algún sacerdote de la Iglesia o de la Ley! Me pregunto si realmente los niños están mejor sabiendo lo que sus padres han hecho. Yo preferiría con mucho no saber quién era mi padre que saber que había tratado a mi madre como un tirano. Preferiría con

mucho ser ilegítima de acuerdo con los estatutos de los hombres que según la ley inmutable de la Naturaleza. ¿Qué importa el haber nacido de forma legítima «según la ley?» En nueve de cada diez casos el hombre reconoce su paternidad simplemente porque está obligado a hacerlo, y su concepción de la virtud se expresa en la idea de que «el deber de una mujer es mantener a su marido en casa»; consiste en ser el hijo de un mujer a la que le importa más la bendición de Doña Perfecta que el simple honor de la palabra de su amante, y que concibe la prostitución como algo puro, como un deber, cuando la realiza en beneficio de su marido. Consiste en tener a la Tiranía como progenitor y la esclavitud de cuna. Consiste en correr el riesgo de ser fruto de una preñez indeseada, de sufrir debilidad de constitución «legal», moralidad corrupta antes de nacer, posiblemente de tener un instinto asesino, o de heredar una libido excesiva o nula, cuando cualquiera de los dos casos es enfermedad. Consiste en tener en más estima un trozo de papel, un andrajo de los ropajes rotos del «Contrato Social» que la salud, la belleza, el talento o la bondad; nunca he visto a nadie negar que los hijos ilegítimos son casi siempre más hermosos e inteligentes, incluso las mujeres más conservadoras. Qué terrible debe ser verlos en comparación con sus hijos esmirriados, enfermizos y nacidos de la lujuria, sobre los que pesan las cadenas de la servidumbre de la madre, ver a esos niños hermosos y sanos y decir «¡Qué pena que su madre no fuera virtuosa!». ¡Nunca dicen nada sobre la virtud del padre de sus hijos, porque saben demasiado bien que no es así! ¡Virtud! ¡Enfermedad, estupidez, crimen! ¡Qué cosa más obscena es esa «virtud»!

¿Qué es ser ilegítimo? Ser despreciado o compadecido por aquella gente cuyo desprecio o compasión no vale la

pena siquiera devolver. Ser descendiente, posiblemente, de un padre suficientemente desgraciado como para engañar a una mujer, y de una mujer cuyo crimen más grave fue creer en el hombre al que quería. Es ser libre de la maldición de una madre esclava, venir al mundo sin el permiso de ningún cuerpo de tiranos que acorralan la tierra, y dictan leyes que rigen qué deben cumplir los no nacidos para tener el privilegio de habitar entre nosotros. ¡Eso son la legitimidad y la ilegitimidad del nacimiento! Escoged vosotros.

El hombre que camina de un lado a otro en la penitenciaría de Lansing esta noche, este hombre malvado, dijo: «Las madres de la raza levantan sus ojos vacuos hacia mí, sus labios sellados hacia mí, sus corazones sufrientes hacia mí. ¡Buscan sin cesar una voz! ¡Los no nacidos que no pueden hacer nada, piden desde sus prisiones, reclaman una voz! ¡Los criminales, con el veto invisible sobre sus almas que les empuja a su infierno tumultuoso, buscan una voz! Yo seré la voz de todos ellos. Yo desvelaré los atropellos del lecho matrimonial. Yo les haré saber cómo nacen los criminales. Yo lanzaré un grito que será escuchado por todos, y lo que sea, ¡sea!». Él publicó mediante una carta del Doctor Markland un caso en el que una joven madre que había sufrido daños por una mala operación tras el nacimiento de su bebé, y que se estaba recuperando, había sido apuñalada sin compasión, de forma cruel y salvaje, no por una daga, sino por el órgano de procreación de su marido, ¡apuñalada hasta casi la muerte, sin rectificación alguna!

Por llamar al pan y al vino, y por usar el nombre de ese órgano, publicado en el diccionario Webster y en todos los diarios médicos del país, Moses Harman se pasea hoy por su celda. Él dio un ejemplo concreto de las consecuencias

de la esclavitud sexual, y por ello ha sido encarcelado. Ahora somos nosotros los que debemos continuar la lucha, y abolir la regla con la que le han castigado, difundir el conocimiento sobre este crimen de la sociedad contra un hombre y la razón de dicho castigo; cuestionar este enorme sistema de crimen autorizado, su causa y su efecto, a nivel de toda la raza. ¡La causa! Dejemos que la Mujer se pregunte: «¿Por qué soy la esclava del Hombre? ¿Por qué se dice que mi cerebro no es un igual al suyo? ¿Por qué mi trabajo no se paga como el suyo? ¿Por qué mi cuerpo debe estar controlado por mi marido? ¿Por qué puede tener mi trabajo en la casa y darme como pago lo que le parezca bien a él? ¿Por qué puede quitarme a mis hijos, o mandar que se les envíe lejos antes de que nazcan?» Dejemos que haga esas preguntas.

Hay dos razones para ello, que se pueden reducir a un solo principio: la idea de un Dios autoritario y con un poder supremo, y sus dos instrumentos: el Clero (esto es, los sacerdotes) y el Estado (esto es, los legisladores). Desde el nacimiento de la Iglesia, engendrada entre el miedo y la ignorancia, ésta ha enseñado que la mujer es inferior. En una u otra forma a través de las leyendas y credos míticos subyace la creencia en la caída del hombre por la persuasión de la mujer, su condición de encarnación del castigo, su vileza natural, su absoluta depravación, etc.; y desde los días de Adán hasta la Iglesia Cristiana de hoy, con la que tenemos que lidiar de forma particular, ha hecho a la mujer la excusa, el chivo expiatorio de los actos malvados del hombre. Tan profundamente ha impregnado esta idea en la sociedad que muchos de los que han repudiado a la Iglesia siguen inmersos en esa creencia que adormece la auténtica moralidad. Tan insertado está el autoritarismo en la gene-

ración masculina que incluso aquellos que han ido más lejos y han repudiado el Estado se aferran al dios-sociedad y abrazan la idea antigua de que deben ser «cabezas de familia» en armonía con la maravillosa fórmula «de sentido común» de que «El Hombre debe ser la cabeza de la Mujer del mismo modo que Cristo es cabeza de la Iglesia».

No hace ni una semana que un anarquista (?) me dijo que «yo seré el jefe de mi propia casa»: esto lo dice un «comunista-anarquista», si queréis, que no cree en «mi casa». Hace un año otro destacado orador libertario dijo delante de mí que su hermana, que tenía una hermosa vez y se había unido a una banda de música, debía «quedarse en casa con sus niños: ese es su lugar». ¡La misma vieja idea de la Iglesia! Este hombre fue un socialista, y derivó en anarquista: sin embargo, su más elevada idea para las mujeres consistía en la servidumbre hacia su marido y sus hijos, en la farsa actual que llamamos «hogar». ¡Quedaos en casa, descontentas! ¡Sed pacientes, obedientes, sumisas! ¡Cosed los calcetines, arreglad nuestras camisas, lavad los platos, cocinad para nosotros, esperadnos al llegar a casa y cuidad de los niños! Vuestras voces hermosas no deben deleitar al público ni a vosotras mismas; vuestro genio inventor no debe ser empleado; vuestra sensibilidad artística no debe ser cultivada; vuestro instinto de negocios no debe ser desarrollado; cometisteis el error de nacer con esos talentos, ¡sufrid por vuestra necedad! ¡Sois mujeres, y por tanto amas de casa, sirvientas, camareras y amas de cría!

En Macón, en el siglo VI, según August Bebel, los padres de la Iglesia se reunieron y propusieron la pregunta: «¿Tiene alma la mujer?» Una vez comprobaron que el permiso para poseer una no-persona no iba a dañar sus

privilegios, se decidió por una exigua mayoría la espinosa cuestión en nuestro favor. Bueno, santos padres, fue un buen truco por vuestra parte lo de ofrecer vuestra patética charlatanería de «salvación o condenación» (normalmente lo segundo) como un cebo para estimular la sumisión terrenal; no estaba mal en esas épocas de ignorancia y de fe. Sin embargo, afortunadamente tras mil cuatrocientos años ya el tema huele. Vosotros, radicales de la tiranía, no tenéis ningún cielo que ofrecer: no podéis dar ninguna hermosa quimera en vuestros diplomas; tenéis, exceptuando la marca, el respeto por los demás, los buenos oficios y las sonrisas de un negrero. ¡Y todo ello a cambio de nuestras cadenas de por vida! ¡Gracias! La cuestión de las almas ya es antigua: queremos nuestros cuerpos, ahora. Estamos cansadas de promesas: Dios es sordo, y su iglesia es nuestro peor enemigo. Contra ella presentamos la acusación de ser la fuerza moral (o inmoral) detrás de la cual se esconde la tiranía del Estado. El Estado ha dividido los panes y los peces con la Iglesia: los jueces, al igual que los sacerdotes, cobran cánones por cada matrimonio; los dos brazos de la Autoridad se han aliado en la concesión de licencias para que los padres se reproduzcan, y el Estado, como antes la Iglesia, proclama: «¡Mirad cómo protegemos a las mujeres!» Pero el Estado ha hecho más. Muchas mujeres con amos bondadosos, sin conocimiento de las tropelías cometidas contra sus hermanas menos afortunadas, me han preguntado: «¿Y por qué no se marchan?»

¿Por qué no corres cuando tus pies están engrilletados?
¿Por qué no gritas cuando tu boca está amordazada? ¿Por qué no alzas las manos sobre tu cabeza cuando las tienes atadas a la espalda? ¿Por qué no gastas miles de dólares cuando no tienes un céntimo? ¿Por qué no vais a la costa o

a las montañas, pobres idiotas acaloradas por la ciudad? Si hay algo que me enfada sobre todas las demás miserias de este maldito tejido de falsa sociedad, es la imbecilidad con la que se dice, con la auténtica flema de la bobería impenetrable: «¿Por qué no se marchan las mujeres?» ¿Me diréis a dónde irán y qué es lo que harán? Cuando los legisladores del Estado se han concedido a sí mismos el control absoluto de las oportunidades de vida; cuando a través de este poderoso monopolio el mercado de trabajo está tan abarrotado que los trabajadores y trabajadoras están rajándose el cuello entre sí para disfrutar del privilegio de servir a sus amos; cuando se envían chicas desde Boston hacia el sur y el norte, en vagones como para ganado, para llenar los antros de Nueva Orleans o los infernales campamentos de leñadores de mi propio estado de Michigan; cuando oyen y ven estas cosas a diario, los biempensantes preguntan: «¿Y por qué no se marchan las mujeres» y al hacerlo sólo merecen lástima.

Cuando América aprobó la ley de los esclavos fugitivos, llevando a las personas a cazar a sus iguales con más ahínco que a los perros salvajes, el Canadá aristocrático y monárquico extendió sus brazos a aquellos que pudieran refugiarse en él. Pero no hay amparo en esta tierra para el sexo esclavizado. Allí donde estemos debemos cavar nuestras trincheras y luchar o morir. Ésta es la tiranía del Estado: niega a mujeres y hombres el derecho a ganarse la vida, y concede ese privilegio a unos pocos privilegiados que deben entregar un pago del noventa por ciento a sus concesionarios. Estas dos cosas, la dominación de la mente por parte de la Iglesia y la del cuerpo por parte del Estado, son las dos causas de la esclavitud sexual.

En primer lugar, han introducido en el mundo el crimen artificial de la obscenidad: han introducido una escala de valores morales tan extraña que llamar a los órganos sexuales por su nombre es una grave ofensa. Me recuerda a una calle de vuestra ciudad que se llama «Callowhill». Antes se la llamaba Gallows' Hill, por la colina a la que llevaba, que hoy es «Cherry Hill» y que fue lo último que tocaban los pies de muchos asesinados en nombre de la Ley. El sonido de esas palabras era demasiado duro, así que lo dulcificaron, aun cuando los asesinatos no se dejaron de cometer y la oscura sombra de los ahorcamientos sigue colgada sobre la Ciudad del Amor Fraternal. La idea de la obscenidad ha tenido el mismo efecto: ha colocado la virtud en la cáscara de una idea, y ha etiquetado como «bueno» todo lo que queda dentro de la Ley y las costumbres respetables (?), mientras que todo lo malo es lo que contraviene lo que está dentro de esa cáscara. Ha rebajado la dignidad del cuerpo humano por debajo de la de los otros animales. ¿Quién diría que un perro es impuro u obsceno porque su cuerpo no está cubierto con ropas pesadas y agobiantes? ¿Qué pensaríais de un hombre que le pone una falda a su caballo y le hace andar o correr con semejante impedimento para sus patas? La «Sociedad para la Prevención de la Crueldad contra los Animales» lo mandaría arrestar, le quitarían el animal y le enviarían a un asilo de locos en busca de la impureza de su mente. Por el contrario, caballeros, esperáis que vuestras esposas, las criaturas que decís respetar y amar, lleven las faldas más largas y los cuellos más altos, para ocultar el obsceno cuerpo humano. No hay sociedad alguna para la prevención de la crueldad contra las mujeres. ¡Y vosotros, aunque algo mejor, mirad lo que lleváis en este calor abrasador! ¡Cómo maltratáis vuestro cuerpo con la lana que habéis robado a las ovejas! ¡Cómo os

castigáis a sentaros en una casa abarrotada de gente con vuestros abrigos y chaquetas, porque Doña Perfecta se escandalizaría ante la «vulgaridad» de las mangas de camisa o del brazo desnudo!

Mirad cómo el ideal de belleza se ha visto corrompido por esta noción de la obscenidad. Contemplad a una de esas esclavas de la moda, con su cintura rodeada por una alta valla llamada corsé, con sus brazos y caderas en un ángulo por la presión que tienen arriba y abajo; los pies calzados con la parte más estrecha donde debería estar la más ancha, sus piernas aprisionadas por la impenitente falda de prisionera; su pelo atado de forma tan ajustada que le provoca dolores de cabeza, que a su vez está cubierta por una cosa sin sentido ni belleza llamada sombrero; en una proporción de diez a uno tendrá una joroba a la espalda como un dromedario... ¡Contempladla e imaginad algo así tallado en árbol! Pensad en una estatua en Fairmount Park con un corsé y un polisón. Pensad en la imagen que da ver a una mujer a caballo. Se nos permite montar, siempre que nos sentemos en una posición que destroza al caballo, que llevemos un hábito lo suficientemente largo como para tapar el obsceno pie humano, y que además llevemos diez libras de piedras para impedir que el viento nos mueva al soplar, arriesgándonos con ello a quedarnos paráliticas si algún accidente nos saca de la silla. ¡Pensad en cómo nadamos! Tenemos que llevar ropa incluso en el agua, ¡y nos enfrentamos a la chufra general si nos atrevemos a atacar las olas sin medias! Pensad en un pez tratando de remontar la corriente con un ropaje de franela empapado obstruyéndole. Pero eso no os resulta suficiente. El vil estándar de la obscenidad mata a los niños con sus ropas. La raza humana muere de forma horrible «en el nombre del» Vestido.

Y en el nombre de la Pureza ¡cuántas mentiras! Qué moralidad más rara se genera. Tenéis miedo de contar a vuestros hijos la verdad sobre cómo nacieron: la más sagrada de todas las funciones, la creación de un ser humano, se ve sujeta a la falsedad más abyecta. Cuando vienen a vosotros con una simple y clara pregunta que tienen derecho a hacer, les decís: «no preguntes esas cosas» o les contáis alguna fábula hueca, o justificáis ese vacío conceptual con otro: ¡Dios! Decís: «Dios te hizo». Sabéis que mentís cuando lo decís. Sabéis, o deberíais saber, que la curiosidad no se verá tapada con eso. Sabéis que lo que podríais explicar de forma correcta, obsequiosa y pura (si es que os queda algo de pureza) lo van a aprender ellos a través de muchos tanteos a ciegas, y que alrededor de ellos estará el pensamiento sombrío de estar haciendo algo malo, engendrado por vuestra negativa a explicarlo y alimentado por esa opinión social prevalente por doquier. Si no sabéis esto, estáis ciegos ante los hechos y sordos ante la voz de la Experiencia.

Pensad en el doble estándar social en el que ha evolucionado la esclavitud de nuestro sexo. Las mujeres que se consideran muy puras y decentes se reirán de la prostituta pero dejarán entrar en sus casas a los mismos hombres que la maltratan. Los hombres, como mucho, compadecerán a esa chica cuando ellos son la peor clase de prostitutas. ¡Compadecednos a vosotros mismos, caballeros, os hace falta! ¡Y cuántas veces vemos a una mujer o un hombre disparar a otra persona por celos! El estándar de pureza lo avala: «muestra coraje», «tiene justificación» el matar a otra persona por hacer lo mismo que hiciste tú, ¡jamar a la misma persona! ¡Moralidad! ¡Honor! ¡Virtud! Pasando de la fase

moral a la física, coged las estadísticas de cualquier asilo para locos y encontraréis que de las distintas clases, la más abundante es la mujer no casada. Para mantener vuestro cruel, malvado e indecente estándar de pureza (?) volvéis locas a vuestras hijas, mientras que matáis a vuestras mujeres. Así es el matrimonio. No me creáis a mí: consultad las estadísticas de cualquier asilo psiquiátrico o los registros de un cementerio.

Mirad cómo crecen vuestros hijos. Desde su más tierna infancia se les enseña a suprimir sus naturalezas amorosas, ¡a controlarlas en todo momento! Vuestras malditas mentiras incluso oscurecen el beso de un niño. Las niñas no deben ser marimachos, no deben ir descalzas, no deben trepar los árboles ni aprender a nadar ni hacer nada que Doña Perfecta decretara como «impropio». Los niños pequeños sufren el escarnio de los otros, con nombres como «afeminado» o «niña tonta» si deciden que quieren remendar o jugar con una muñeca. Cuando crecen se dice: «¡Oh, los hombres no saben cuidar de la casa ni de los niños como las mujeres!» ¿Cómo van a hacerlo, cuando habéis puesto el esfuerzo más grande de vuestras vidas en arrancarles ese impulso? «Las chicas no pueden soportar esas cosas como los hombres». Entrenad a cualquier animal o planta como a vuestras niñas y tampoco podrá aguantar nada. ¿Nadie va a decirme por qué debe impedirse a ningún sexo realizar deportes atléticos? ¿O por qué ningún niño debería tener restricciones para usar sus brazos y piernas?

Tales son los efectos de vuestro estándar de pureza, de vuestra ley matrimonial. Esta es vuestra obra: ¡contempladla! La mitad de vuestros hijos mueren antes de los cinco años, las niñas se vuelven locas, vuestras mujeres casa-

das son cadáveres andantes, y vuestros hombres tan perversos que muchas veces ellos mismos admiten que la PUREZA tiene una deuda con la prostitución. Este es el hermoso efecto de vuestro dios Matrimonio, ante el que el Deseo Natural debe postrarse y negarse a sí mismo. ¡Estad orgullosos de ello!

Con respecto al remedio, está en una palabra, la única que ha traído igualdad en algún sitio: ¡LIBERTAD! Siglos y siglos de libertad son lo único que traerá la desintegración y el abandono de estas ideas putrefactas. ¡Es lo único que pudo calar las sangrientas persecuciones religiosas! No se puede curar la servidumbre sustituyendo al amo. No os toca a vosotros decir «de esta forma debe amarse la raza humana». Dejad a la raza en paz.

¿Habrá crímenes atroces? Sin duda. Es un necio el que dice que no los habrá. Pero no puedes detenerlos cometiendo el crimen más grave de poner palos a las ruedas del Progreso. Nunca marcharás bien hasta que empieces bien. Sobre el resultado final, no importa nada. Yo tengo mi ideal, muy puro y muy sagrado para mí. Pero el tuyo, igual de sagrado, puede ser diferente y podemos estar equivocados los dos. Pero estoy segura de que mediante la libre asociación, la forma que sobreviva será la más adaptada a cada tiempo y lugar, produciendo la más alta evolución de la especie. Si es la monogamia, la variedad de parejas o la promiscuidad no nos importa: sucederá en el futuro, que nosotros no dictamos.

En favor de esa libertad se expresó Moses Harman, y por ello lleva el uniforme de prisionero. Por eso está sentado en su celda esta noche. No sabemos si es posible que su

sentencia sea acortada. Sólo podemos intentarlo. Aquellos que quieran ayudarnos pueden poner su firma en esta simple petición de indulto dirigida a Benjamin Harrison. A aquellos que deseen informarse de forma más detallada antes de firmar les digo: vuestra minuciosidad es digna de alabanza. Venid después de terminar la reunión y citaré exactamente lo que pone en la carta del doctor Markland. A esos Anarquistas extremistas que no pueden rebajar su dignidad a solicitar de una autoridad que no reconocen un indulto por una ofensa no cometida, dejadme decirlos: la espalda de Moses Harman está encorvada por el peso de la Ley, y aunque nunca le pediría a nadie que se rebaje por sí mismo, le pido que lo haga por quien combate en favor de las esclavas. Vuestra dignidad es criminal: cada hora que pasa detrás de las rejas es un testimonio de vuestra alianza con Comstock. Nadie detesta las peticiones más ni tiene menos fe en ellas que yo, pero por mi paladín estoy dispuesta a buscar cualquier medio que no invada los derechos de otros, aunque tenga poca esperanza de que surta efecto.

Si más allá de estos, hay esta noche quienes hayan obligado a sus esposas al servicio sexual, quienes se hayan prostituido en nombre de la Virtud, quienes hayan traído niños enfermos, no deseados o fruto de la inmoralidad al mundo, sin poder atenderles, y hoy salgan de esta sala para decir que «Moses Harman es un hombre sucio que ha sido justamente castigado» entonces os digo a vosotros, y ojalá mis palabras resuenen en vuestros oídos HASTA QUE MURÁIS: ¡Seguid así! ¡Llevad la oveja al matadero! ¡Aplastad a ese hombre anciano, enfermo y renqueante bajo vuestros pies de gigante! ¡En el nombre de la Virtud, la Pureza y la Moralidad, hacedlo! ¡En los nombres de Dios, el Hogar y

el Cielo, hacedlo! ¡En el nombre del Nazareno que predicaba la regla de oro, hacedlo! ¡En los nombres de la Justicia, los Principios y el Honor, hacedlo! En los nombres de la Valentía y la Magnanimidad ¡poneos del lado de los bandidos en los palacios gubernamentales, los asesinos de las convenciones políticas, los libertinos en los lugares públicos, la fuerza bruta de la policía, la gendarmería, los tribunales y la cárcel, para perseguir a un pobre viejo que se enfrentó solo a vuestros crímenes legales! Hacedlo. Y si Moses Harman muere en el «Infierno de Kansas» ¡celebrad cuando lo hayáis asesinado! ¡Matadlo! Así aceleraréis el día en el que el futuro os enterrará bajo diez mil sombras de vergüenza. ¡Matadle! Y así las rayas de sus ropajes de prisionero os azotarán como un látigo cruel. ¡Matadle! Y los locos os mirarán con ojos salvajes brillantes por el odio, los bebés sin nacer llorarán su sangre sobre vosotros, ¡y las tumbas que habéis llenado en el nombre del Matrimonio darán de comer a una raza que se burlará de vosotros, hasta que la memoria de vuestras atrocidades se convierta en un fantasma sin nombre, parpadeando con las sombras de Torquemada, Calvino y Jehová sobre el horizonte del Mundo! ¿Os gustaría verle muerto? ¿Diríais «nos hemos librado de este obsceno»? ¡Imbéciles! ¡Su cadáver se reiría de vosotros desde sus ojos muertos! Los labios inertes se reirían de vosotros, y las manos solemnes, sin pulso, escribirían tranquilamente el último edicto que ni el tiempo ni vosotros pueden eliminar. ¡Matadle, y escribiréis con ello su gloria y vuestra vergüenza! ¡Moses Harman en su uniforme de prisionero está muy por encima de todos vosotros, y Moses Harman muerto seguirá viviendo de forma inmortal en la raza que murió para liberar! ¡Matadle!

La Cuestión de la Mujer (1913)*

Una parte de los anarquistas dice que no existe la “Cuestión de la Mujer” aparte de nuestra situación industrial presente. Pero tal afirmación es en general hecha por hombres, y los hombres no son los más adecuados en sentir las esclavitudes de las mujeres. Los científicos argumentan que las funciones nutritivas de la sociedad son realizadas mejor por el hombre, las reproductivas por la mujer, que encontrar el alimento se hace lejos de la crianza de los hijos en casa; y que si la mujer entra a la arena industrial las habilidades que la distinguen sufrirán. Entre las clases trabajadoras esto no es así, pues las mujeres trabajan duro en las labores del hogar, y a veces se introducen en la costura, o salen a lavar para otras personas. La labor doméstica de la mujer es la peor pagada en el mundo. El matrimonio no es conveniente para la mujer. Una promesa del hombre casado a la mitad masculina de la sociedad (las mujeres no son contadas en el Estado), es ¡que él no fallará en sus responsabilidades para con ellos! El matrimonio está desacreditado, tanto por sus resultados como por su origen. Puede que los hombres no pretendan ser tiranos cuando se casan, pero con frecuencia llegan a serlo. No es suficiente prescindir

* Extracto de una charla ofrecida en Escocia, reimpressa más tarde en el *Herald of Revolt*, 1913. Tomado de [RebeldeAlegre](#).

del sacerdote o del registro civil. El espíritu del matrimonio da lugar a la esclavitud.

Las mujeres se están involucrando más y más en la industria. Esto significa que otras puertas se le abren aparte de la puerta del servicio doméstico. Significa también que así como los hombres han desarrollado la individualidad por el hecho de arrojarse a todo tipo de empleos y condiciones, de modo similar lo harán las mujeres. Y con el desarrollo de la diversidad vendrá el irreprimible deseo de su expresión, y luego, la necesidad de las condiciones materiales que permitan aquella expresión. La inasequible tranquilidad en los hogares juega en contra de esa condición, mientras que el modo “abominablemente antieconómico” en el que se realizan las labores — siendo éstas, a una escala infinitesimalmente pequeña, lavandería, panadería, alojamiento, restorán y enfermería, todo en uno — también la condenan al hogar.

Sin embargo, con la introducción de ideas destinadas a seguir con la inserción del trabajo femenino en la industria, el hogar en su forma presente debe desaparecer... Mientras tanto aconsejaría con fuerza a toda mujer que contemple la unión sexual de cualquier tipo, que nunca viva con el hombre que ama, en el sentido de arrendar una casa o dormitorio, — y se vuelva su ama de casa.

En cuanto a los niños, viendo la cantidad de infantes que mueren, esta alarma es un tanto hipócrita; pero, ignorando esta consideración, antes que nada, debe ser asunto de la mujeres estudiar el sexo y el control parental — nunca tener un hijo a menos que lo desees, y nunca desearlo (de

modo egoísta, por el placer de tener un lindo juguete), a menos que tú, tú sola, seas capaz de mantenerlo.

Los hombres, por otro lado, pueden contribuir al sustento de sus hijos; pero en virtud de que este sustento sea voluntario — estarían en una situación en que su oportunidad de tener algo que decir en el manejo de los niños dependería de su buena conducta.

Emma Goldman

Anarquía y la cuestión sexual (1896)*

El obrero, cuya fuerza y musculatura son tan admiradas por los pálidos y enclenques hijos de los ricos, y que sin embargo cuya labor apenas le trae suficiente como para mantener al lobo de la inanición tras la puerta, se casa solo para tener una esposa y ama de casa, quien debe trabajar como esclava desde la mañana hasta la noche, quien debe hacer todo esfuerzo por mantener bajos los gastos. Sus nervios están tan cansados por el continuo esfuerzo por hacer que el lamentable salario de su esposo les sustente a ambos, que se torna ella irritable y ya no logra esconder su deseo de afecto por su señor y amo, quien, ¡ay! pronto llega a la conclusión de que sus esperanzas y planes se han perdido, y entonces comienza prácticamente a pensar que el matrimonio es un fracaso.

La cadena se vuelve más y más pesada

A medida que los gastos se vuelven mayores en vez de menores, la esposa, que ha perdido toda la pequeña fortaleza que tenía en el matrimonio, de igual modo se siente traicionada, y la constante preocupación y temor de la inanición consume su belleza en corto tiempo después del casamiento. Se desanima, abandona sus tareas domésticas,

* Publicado originalmente en *The Alarm*, el 27 de septiembre de 1896. Tomado de la [Biblioteca Anarquista](#).

y como no hay lazos de amor y simpatía entre ella y su esposo como para darles fuerzas para enfrentar la miseria y la pobreza de sus vidas, en vez de aferrarse el uno al otro, se separan más y más, y se impacientan más y más con las faltas de cada cual.

El hombre no puede, como el millonario, ir a su club, pero va a un salón e intenta ahogar su miseria en un vaso de cerveza o whiskey. La desafortunada compañera de su miseria, que es demasiado honesta como para buscar el olvido en los brazos de un amante, y demasiado pobre como para permitirse cualquier recreación o diversión legítima, permanece en medio del entorno escuálido y mantenido a medias que llama hogar, y lamenta agriamente la locura que le llevó a ser esposa de un hombre pobre.

Sin embargo no hay modo en que se separen.

Pero deben aguantárselas

Por mortificante que sea la cadena que en sus cuellos ha sido puesta por la ley y la Iglesia, no debe ser rota a menos que aquellas dos personas decidan permitir que lo sea.

Fuese la ley lo suficientemente misericordiosa como para concederles libertad, cada detalle de su vida privada debe ser llevada a la luz. La mujer es condenada por la opinión pública y su vida completa es arruinada. El temor a esta desgracia con frecuencia le hace colapsar bajo el gran peso de la vida de casada sin atreverse a introducir una sola protesta contra el indignante sistema que la ha destrozado a ella y a tantas de sus hermanas.

Los ricos lo aguantan para evitar el escándalo — los pobres por el bien de sus hijos y el temor a la opinión pública. Sus vidas son una larga seguidilla de hipocresía y engaño.

La mujer que vende sus favores está en libertad de abandonar al hombre que la compra en cualquier momento, mientras “la respetable esposa” no se puede liberar de una unión que le es mortificante.

Todas las uniones no naturales que no son santificadas por el amor son prostitución, ya sea sancionadas por la Iglesia y la sociedad o no. Tales uniones no pueden tener más que una influencia degradante tanto en la moral como en la salud de la sociedad.

El sistema tiene la culpa

El sistema que obliga a las mujeres a vender su femineidad e independencia al mejor postor es una rama del mismo vil sistema que le da a unos pocos el derecho a vivir de la riqueza producida por su prójimo, el 99 por ciento de los cuales debe esforzarse y trabajar como esclavo temprano y tarde por apenas lo suficiente para mantener unidos alma y cuerpo, mientras los frutos de su trabajo son absorbidos por unos cuantos vampiros ociosos que se rodean de todo el lujo que la riqueza pueda comprar.

Miremos por un momento dos imágenes de este sistema social decimonónico.

Miremos los hogares de los adinerados, aquellos palacios magníficos cuyo costoso amoblado pondría a miles de

hombres y mujeres necesitados en circunstancias confortables. Miremos a las fiestas y cenas de estos hijos e hijas de la riqueza, una sola corrida de las cuales alimentaría a cientos de hambrientos para quienes una comida llena de pan remojado en agua es un lujo. Miremos a estos religiosos de la moda mientras pasan sus días inventando nuevos modos de goce egoísta — teatros, bailes, conciertos, paseos en yate, corriendo de un lado del mundo al otro en su búsqueda demente por regocijo y placer. Y luego giremos por un momento y miremos a quienes producen la riqueza que paga estos disfrutes excesivos y artificiales.

La otra imagen

Mírenlos arreados en sótanos oscuros y húmedos, donde nunca tienen un respiro de aire fresco, vestidos con retazos, llevando sus cargas de miseria de la cuna a la tumba, sus hijos corriendo por las calles, desnudos, con hambre, sin nadie que les ofrezca una palabra de amor o un cuidado con ternura, creciendo en la ignorancia y la superstición, maldiciendo el día de su nacimiento.

Miren estos dos asombrosos contrastes, ustedes moralistas y filántropos, ¡y díganme a quién hay que culpar por ello! ¿A aquellas que son conducidas a la prostitución, ya sea legal o no, o a aquellos que conducen a las víctimas a tamaña desmoralización?

La causa yace no en la prostitución, sino en la sociedad misma; en el sistema de desigualdad de la propiedad privada y en el Estado y la Iglesia. En el sistema legalizado de robo, asesinato y violación de mujeres inocentes y niños desamparados.

La cura para el mal

No será hasta que este monstruo sea destruido que nos desharemos de la enfermedad que existe en el Senado y todos los cargos públicos; en las casas de los ricos como también en los miserables caserones de los pobres. La humanidad debe hacerse consciente de su fuerza y sus capacidades, debe ser libre de comenzar una nueva vida, una mejor y más noble vida.

La prostitución nunca será suprimida por los medios empleados por el Rev. Dr. Parkhurst y otros reformistas. Existirá mientras exista el sistema que la engendra.

Cuando todos estos reformistas unan sus esfuerzos con quienes están luchando por abolir el sistema que engendra este crimen de toda descripción y erigir uno basado en la equidad perfecta —un sistema que garantice a cada miembro, hombre, mujer, o niño, los frutos totales de su labor y un derecho perfectamente igual a disfrutar los dones de la naturaleza y a alcanzar el más alto conocimiento— la mujer será auto-suficiente e independiente. Su salud ya no será aplastada por el esfuerzo y la esclavitud sin fin, ya no será víctima del hombre, y el hombre ya no poseerá pasiones y vicios nada saludables y antinaturales.

El sueño de una anarquista

Cada cual entrará al matrimonio con fuerza física y confianza moral mutua. Cada cual amará y estimará al otro, y ayudará a trabajar no solo por su propio bienestar, sino, siendo felices ellos mismos, desearán también la felicidad

universal de la humanidad. La prole de tales uniones será fuerte y sana de mente y cuerpo y honrará y respetará a sus padres, no porque sea su deber hacerlo, sino porque los padres lo merecen. Serán instruidos y cuidados por la comunidad toda y serán libres de seguir sus propias inclinaciones, y no habrá necesidad de enseñarles el servilismo y el vil arte de asediar a sus semejantes. Su propósito en la vida será, no obtener poder por sobre sus hermanos, sino ganarse el respeto y la estima de cada miembro de la comunidad.

Divorcio anarquista

Si la unión de un hombre y una mujer probase ser insatisfactoria y desagradable para ellos, se separarán de manera tranquila y amistosa, y no viciarán los diversos vínculos del matrimonio continuando con una unión incompatible.

Si, en vez de perseguir a las víctimas, los reformistas de hoy unen sus esfuerzos para erradicar la causa, la prostitución ya no deshonrará más a la humanidad.

Reprimir a una clase y proteger a otra es peor que la demencia. Es criminal. No aparten sus cabezas, ustedes hombres y mujeres morales.

No permitan que su prejuicio les influya: miren el asunto desde un punto de vista imparcial.

En vez de ejercer su fuerza inútilmente, unan las manos y ayuden a abolir el sistema corrupto y enfermo.

Si la vida conyugal no les ha despojado el honor y el respeto por sí mismos, si no tienen más que amor por quienes ustedes llaman sus hijos, deben, por su propio bien como por el de ellos, buscar la emancipación y establecer la libertad. Entonces, y solo entonces, los males del matrimonio cesarán.

La tragedia de la emancipación de la mujer (1906)*

Comenzaré admitiendo lo siguiente: sin tener en cuenta las teorías políticas y económicas que tratan de las diferencias fundamentales entre las varias agrupaciones humanas; sin miramiento alguno para las distinciones de raza o de clase, sin parar mientes en la artificial línea divisoria entre los derechos del hombre y de la mujer, sostengo que puede haber un punto en cuya diferenciación misma se ha de coincidir, encontrarse y unirse en perfecto acuerdo.

Con esto no quiero proponer un pacto de paz. El general antagonismo social que se posesionó de la vida contemporánea, originado, por fuerzas de opuestos y contradictorios intereses, ha de derrumbarse cuando la reorganización de la vida societaria, al basarse sobre principios económicos justicieros, sea un hecho y una realidad.

La paz y la armonía entre ambos sexos y entre los individuos, no han de depender necesariamente de la igualdad superficial de los seres, ni tampoco traerá la eliminación de los rasgos y de las peculiaridades de cada individuo. El problema planteado actualmente, pudiendo ser resuelto en un futuro cercano, consiste en preciarse de ser uno mismo, dentro de la comunión de la masa de otros seres y de sentir hondamente esa unión con los demás, sin avenirse por ello a perder las características más salientes de sí mismo. Esto

* Publicado originalmente en revista *Mother Earth*, v. 1, N° 1 (marzo de 1906). Tomado de [PortalOaca](#).

me parece a mí que deberá ser la base en que descansa la masa y el individuo, el verdadero demócrata y el verdadero individualista, o donde el hombre y la mujer han de poderse encontrar sin antagonismo alguno. El lema no será: perdonaos unos a otros, sino: comprendeos unos a otros. La sentencia de Mme. Stael citada frecuentemente: Comprenderlo todo es perdonarlo todo, nunca me fue simpática; huele un poco a sacristía; la idea de perdonar a otro ser demuestra una superioridad farisaica.

Comprenderse mutuamente es para mí suficiente. Admitida en parte esta premisa, ella presenta el aspecto fundamental de mi punto de vista acerca de la emancipación de la mujer y de la entera repercusión en todas las de su sexo.

Su completa emancipación hará de ella un ser humano, en el verdadero sentido. Todas sus fibras más íntimas anhelan llegar a la máxima expresión del juego interno de todo su ser, y barrido todo artificial convencionalismo, tendiendo a la más completa libertad, ella irá luego borrando los rezagos de centenares de años de sumisión y de esclavitud.

Este fue el motivo principal y el que originó y guió el movimiento de la emancipación de la mujer. Más los resultados hasta ahora obtenidos, la aislaron despojándola de la fuente primaveral de los sentidos y cuya dicha es esencial para ella. La tendencia emancipadora, afectándole sólo en su parte externa, la convirtió en una criatura artificial, que tiene mucho parecido con los productos de la jardinería francesa con sus jeroglíficos y geometrías en forma de pirámide, de conos, de redondeles, de cubos, etc.; cualquier cosa, menos esas formas sumergidas por cualidades inte-

riores. En la llamada vida intelectual, son numerosas esas plantas artificiales en el sexo femenino.

¡Libertad e igualdad para las mujeres! Cuántas esperanzas y cuántas ilusiones despertaron en el seno de ellas, cuando por primera vez estas palabras fueron lanzadas por los más valerosos y nobles espíritus de estos tiempos. Un sol, en todo el esplendor de su gloria emergía para iluminar un nuevo mundo; ese mundo, donde las mujeres se hallaban libres para dirigir sus propios destinos; un ideal que fue merecedor por cierto de mucho entusiasmo, de valor y perseverancia, y de incesantes esfuerzos por parte de un ejército de mujeres, que combatieron todo lo posible contra la ignorancia y los prejuicios.

Mi esperanza también iba hacia esa finalidad, pero opino que la emancipación como es interpretada y aplicada actualmente, fracasó en su cometido fundamental. Ahora la mujer se ve en la necesidad de emanciparse del movimiento emancipacionista si desea hallarse verdaderamente libre. Puede esto parecer paradójico, sin embargo es la pura verdad.

¿Qué consiguió ella, al ser emancipada? Libertad de sufragio, de votar. ¿Logró depurar nuestra vida política, como algunos de sus más ardientes defensores predecían? No, por cierto. De paso hay que advertir, ya llegó la hora de que la gente sensata no hable más de corruptelas políticas en tono campanudo. La corrupción en la política nada tiene que ver con la moral o las morales, ya provenga de las mismas personalidades políticas.

Sus causas proceden de un punto solo. La política es el reflejo del mundo industrial, cuya máxima es: bendito sea el que más toma y menos da; compra lo más barato y vende lo más caro posible, la mancha en una mano, lava la otra. No hay esperanza alguna de que la mujer, aun con la libertad de votar, purifique la política.

El movimiento de emancipación trajo la nivelación económica entre la mujer y el hombre; pero como su educación física en el pasado y en el presente no le suministró la necesaria fuerza para competir con el hombre, a menudo se ve obligada a un desgaste de energías enormes, a poner en máxima tensión su vitalidad, sus nervios a fin de ser evaluada en el mercado de la mano de obra. Raras son las que tienen éxito, ya que las mujeres profesoras, médicas, abogadas, arquitectos e ingenieros, no merecen la misma confianza que sus colegas los hombres, y tampoco la remuneración para ellas es paritaria. Y las que alcanzan a distinguirse en sus profesiones, lo hacen siempre a expensas de la salud de sus organismos. La gran masa de muchachas y mujeres trabajadoras, ¿qué independencia habrían ganado al cambiar la estrechez y la falta de libertad del hogar, por la carencia total de libertad de la fábrica, de la confitería, de las tiendas o de las oficinas? Además está el peso con el que cargarán muchas mujeres al tener que cuidar el hogar doméstico, el dulce hogar, donde solo hallarán frío, desorden, aridez, después de una extenuante jornada de trabajo. ¡Gloriosa independencia esta! No hay pues que asombrarse que centenares de muchachas acepten la primera oferta de matrimonio, enfermas, fatigadas de su independencia, detrás del mostrador, o detrás de la máquina de coser o escribir. Se hallan tan dispuestas a casarse como sus compañeras de

la clase media, quienes ansían substraerse de la tutela paterna.

Esa sedicente independencia, con la cual apenas se gana para vivir, no es muy atractiva, ni es un ideal; al cual no se puede esperar que se le sacrifiquen todas las cosas. La tan ponderada independencia no es después de todo más que un lento proceso para embotar, atrofiar la naturaleza de la mujer en sus instintos amorosos y maternales.

Sin embargo la posición de la muchacha obrera es más natural y humana que la de su hermana de las profesiones liberales, quien al parecer es más afortunada, profesoras, médicas, abogadas, ingenieras, las que deberán asumir una apariencia de más dignidad, de decencia en el vestir, mientras que interiormente todo es vacío y muerte.

La mezquindad de la actual concepción de la independencia y de la emancipación de la mujer; el temor de no merecer el amor del hombre que no es de su rango social; el miedo que el amor del esposo le robe su libertad; el horror a ese amor o a la alegría de la maternidad, la inducirá a engolfarse cada vez más en el ejercicio de su profesión, de modo que todo esto convierte a la mujer emancipada en una obligada vestal, ante quien la vida, con sus grandes dolores purificadores y sus profundos regocijos, pasa sin tocarla ni conmover su alma.

La idea de la emancipación, tal como la comprende la mayoría de sus adherentes y expositores, resulta un objetivo limitadísimo que no permite se expanda ni haga eclosión; esta es: el amor sin trabas, el que contiene la honda

emoción de la verdadera mujer, la querida, la madre capaz de concebir en plena libertad.

La tragedia que significa resolver su problema económico y mantenerse por sus propios medios, que hubo de afrontar la mujer libre, no reside en muchas y variadas experiencias, sino en unas cuantas, las que más la aleccionaron. La verdad, ella sobrepasa a su hermana de las generaciones pretéritas, en el agudo conocimiento de la vida y de la naturaleza humana; es por eso que siente con más intensidad la falta de todo lo más esencial en la vida -lo único apropiado para enriquecer el alma humana, -y que sin ello, la mayoría de las mujeres emancipadas se convierten a un automatismo profesional.

Semejante estado de cosas fue previsto por quienes supieron comprender que en los dominios de la ética quedaban aún en pie muchas ruinas de los tiempos, en que la superioridad del hombre fue indisputada; y que esas ruinas eran todavía utilizadas por las numerosas mujeres emancipadas que no podían hacer a menos de ellas. Es que cada movimiento de tinte revolucionario que persigue la destrucción de las instituciones existentes con el fin de reemplazarlas por otra estructura social mejor, logra atraerse innumerables adeptos que en teoría abogan por las ideas más radicales y en la práctica diaria, se conducen como todo el mundo, como los inconscientes y los filisteos (burgueses), fingiendo una exagerada respetabilidad en sus sentimientos e ideas y demostrando el deseo de que sus adversarios se formen la más favorable de las opiniones acerca de ellos. Aquí, por ejemplo, tenemos los socialistas y aun los anarquistas, quienes pregonan que la propiedad es

un robo, y asimismo se indignarán contra quien les adeude por el valor de media docena de alfileres.

La misma clase de filisteísmo se encuentra en el movimiento de emancipación de la mujer. Periodistas amarillos y una literatura ñoña y color de rosa trataron de pintar a las mujeres emancipadas de un modo como para que se les erizaran los cabellos a los buenos ciudadanos y a sus prosaicas compañeras. De cada miembro perteneciente a las tendencias emancipacionistas, se trazaba un retrato parecido al de Georges Sand, respecto a su despreocupación por la moral. Nada era sagrado para la mujer emancipada, según esa gente. No tenía ningún respeto por los lazos ideales de una mujer y un hombre. En una palabra, la emancipación abogaba solo por una vida de atolondramiento, de lujuria y de pecado; sin miramiento por la moral, la sociedad y la religión. Las propagandistas de los derechos de la mujer se pusieron furiosas contra esa falsa versión, y exentas de ironía y humor, emplearon a fondo todas sus energías para probar que no eran tan malas como se les había pintado, sino completamente al reverso. Naturalmente -decían- hasta tanto la mujer siga siendo esclava del hombre, no podrá ser buena ni pura; pero ahora que al fin se ha libertado demostrará cuan buena será y cómo su influencia deberá ejercer efectos purificadores en todas las instituciones de la sociedad. Cierto, el movimiento en defensa de los derechos de la mujer dio en tierra con más de una vieja traba o prejuicio, pero se olvidó de los nuevos.

El gran movimiento de la verdadera emancipación no se encontró con una gran raza de mujeres, capaces y con el valor de mirar en la cara a la libertad. Su estrecha y puritana visión, desterró al hombre, como a un elemento pertur-

bador de su vida emocional, y de dudosa moralidad. El hombre no debía ser tolerado, a excepción del padre y del hijo, ya que un niño no vendrá a la vida sin el padre. Afortunadamente, el más rígido puritanismo no será nunca tan fuerte que mate el instinto de la maternidad. Pero la libertad de la mujer, hallándose estrechamente ligada con la del hombre, y las llamadas así hermanas emancipadas pasan por alto el hecho que un niño al nacer ilegalmente necesita más que otro el amor y cuidado de todos los seres que están a su alrededor, mujeres y hombres. Desgraciadamente esta limitada concepción de las relaciones humanas hubo de engendrar la gran tragedia existente en la vida del hombre y de la mujer moderna.

Hace unos quince años que apareció una obra cuyo autor era la brillante escritora noruega Laura Marholm. Se titulaba *La mujer, estudio de caracteres*. Fue una de las primeras en llamar la atención sobre la estrechez y la vaciedad del concepto de la emancipación de la mujer, y de los trágicos efectos ejercidos en su vida interior. En su trabajo, Laura Marholm traza las figuras de varias mujeres extraordinariamente dotadas y talentosas de fama internacional; habla del genio de Eleonora Duse; de la gran matemática y escritora Sonya Kovalevskaia; de la pintora y poetisa innata que fue María Bashkirtzeff, quien murió muy joven. A través de la descripción de las existencias de esos personajes femeninos y a través de sus extraordinarias mentalidades, corre la trama deslumbrante de los anhelos insatisfechos, que claman por un vivir más pleno, más armonioso y más bello y al no alcanzarlo, de ahí su inquietud y su soledad. Y a través de esos bocetos psicológicos, magistralmente realizados, no se puede menos de notar que cuanto más alto es el desarrollo de la mentalidad de una

mujer, son más escasas las probabilidades de hallar el ser, el compañero de ruta que le sea completamente afin; el que no verá en ella, no solamente la parte sexual, sino la criatura humana, el amigo, el camarada de fuerte individualidad, quien no tiene por qué perder un solo rasgo de su carácter.

La mayoría de los hombres, pagados por su suficiencia, con su aire ridículo de tutelaje hacia el sexo débil, resultarían entes algo absurdos, imposibles para una mujer como las descritas en el libro de Laura Marholm. Igualmente imposible sería que no se quisiese ver en ellas más que sus mentalidades y su genio, y no se supiese despertar su naturaleza femenina.

Un poderoso intelecto y la fineza de sensibilidad y sentimiento son dos facultades que se consideran como los necesarios atributos que integrarán una bella personalidad. En el caso de la mujer moderna, ya no es lo mismo. Durante algunos centenares de años el matrimonio basado en la Biblia, hasta la muerte de una de las partes, se reveló como una institución que se apuntaba en la soberanía del hombre en perjuicio de la mujer, exige su completa sumisión a su voluntad y a sus caprichos, dependiendo de él por su nombre y por su manutención. Repetidas veces se ha hecho comprobar que las antiguas relaciones matrimoniales se reducían a hacer de la mujer una sierva y una incubadora de hijos. Y no obstante, son muchas las mujeres emancipadas que prefieren el matrimonio a las estrecheces de la soltería, estrecheces convertidas en insoportables por causa de las cadenas de la moral y de los prejuicios sociales, que cohiben y coartan su naturaleza.

La explicación de esa inconsistencia de juicio por parte del elemento femenino avanzado, se halla en que no se comprendió lo que verdaderamente significaba el movimiento emancipacionista. Se pensó que todo lo que se necesitaba era la independencia contra las tiranías exteriores; y las tiranías internas, mucho más dañinas a la vida y a sus progresos -las convenciones éticas y sociales- se las dejó estar, para que se cuidaran a sí mismas, y ahora están muy bien cuidadas. Y éstas parece que se anidan con tanta fuerza y arraigo en las mentes y en los corazones de las más activas propagandistas de la emancipación, como los que tuvieron en las cabezas y en los corazones de sus abuelas.

¿Esos tiranos internos acaso no se encarnan en la forma de la pública opinión, o lo que dirá mamá, papá, tía, y otros parientes; lo que dirá Mrs. Grundy, Mr. Comstock, el patrón, y el Consejo de Educación? Todos esos organismos tan activos, pesquisas morales, carceleros del espíritu humano, ¿qué han de decir? Hasta que la mujer no haya aprendido a desafiar a todas las instituciones, resistir firmemente en su sitio, insistiendo que no se la despoje de la menor libertad; escuchando la voz de su naturaleza, ya la llame para gozar de los grandes tesoros de la vida, el amor por un hombre, o para cumplir con su más gloriosa misión, el derecho de dar libremente la vida a una criatura humana, no se puede llamar emancipada. Cuántas mujeres emancipadas han sido lo bastante valerosas para confesar-se que la voz del amor lanzaba sus ardorosos llamados, golpeaba salvajemente su seno, pidiendo ser escuchado, ser satisfecho.

El escritor francés Jean Reibrach, en una de sus novelas, *New Beauty* -La Nueva Belleza- intenta describir el

ideal de la mujer bella y emancipada. Este ideal está personificado en una joven, doctorada en medicina. Habla con mucha inteligencia y cordura de cómo debe alimentarse un bebé; es muy bondadosa, suministra gratuitamente sus servicios profesionales y las medicinas para las madres pobres. Conversa con un joven, una de sus amistades, acerca de las condiciones sanitarias del porvenir y cómo los bacilos y los gérmenes serán exterminados una vez que se adopten paredes y pisos de mármol, piedra o baldosas, haciendo a menos de las alfombras y de los cortinados. Ella naturalmente, viste sencillamente y casi siempre de negro. El joven, quien en el primer encuentro se sintió intimidado ante la sabiduría de su emancipada amiga, gradualmente la va conociendo y comprendiendo cada vez más, hasta que un buen día se da cuenta que la ama. Los dos son jóvenes, ella es buena y bella y, aunque un tanto severa en su continencia, su apariencia se suaviza con el immaculado cuello y puños. Uno esperaría que le confesara su amor, pero él no está por cometer ningún gesto romántico y absurdo. La poesía y el entusiasmo del amor le hacen ruborizar, ante la pureza de la novia. Silencia el naciente amor, y permanece correcto. También, ella es muy medida, muy razonable, muy decente. Temo que de haberse unido esa pareja, el jovencito hubiera corrido el riesgo de helarse hasta morir. Debo confesar que nada veo de hermoso en esta nueva belleza, que es tan fría como las paredes y los pisos que ella sueña implantar en el porvenir. Prefiero más bien los cantos de amor de la época romántica, don Juan y Venus, más bien el mocetón que rapta a su amada en una noche de luna, con las escaleras de cuerda, perseguido por la maldición del padre y los gruñidos de la madre, y el chismorreo moral del vecindario, que la corrección y la decencia medida por el metro del tendero. Si el amor no sabe darse sin restric-

ciones, no es amor, sino solamente una transacción, que acabará en desastre por el más o el menos.

La gran limitación de miras del movimiento emancipacionista de la actualidad, reside en su artificial estiramiento y en la mezquina respetabilidad con que se reviste, lo que produce un vacío en el alma de la mujer, no permitiéndole satisfacer sus más naturales ansias. Una vez hice notar que parecía existir una más estrecha relación entre la madre de corte antiguo, el ama de casa siempre alerta, velando por la felicidad de sus pequeños y el bienestar de los suyos, y la verdadera mujer moderna, que con la mayoría de las emancipadas. Estas discípulas de la emancipación depurada, clamaron contra mi heterodoxia y me declararon buena para la hoguera. Su ciego celo no les dejó ver que mi comparación entre lo viejo y lo nuevo tendía solamente a probar que un buen número de nuestras abuelas tenían más sangre en las venas, mucho más humor e ingenio, y algunas poseían en alto grado naturalidad, sentimientos bondadosos y sencillez, más que la mayoría de nuestras profesionales emancipadas que llenan las aulas de los colegios, las universidades y las oficinas. Esto después de todo no significa el deseo de retornar al pasado, ni relegar a la mujer a su antigua esfera, la cocina y al amamantamiento de las crías.

La salvación estriba en una enérgica marcha hacia un futuro cada vez más radiante. Necesitamos que cada vez sea más intenso el desdén, el desprecio, la indiferencia contra las antiguas tradiciones y los viejos hábitos. El movimiento emancipacionista ha dado apenas el primer paso en este sentido. Es de esperar que reúna sus fuerzas para dar otro. El derecho del voto, de la igualdad de los derechos

civiles, pueden ser conquistas valiosas; pero la verdadera emancipación no empieza en los parlamentos, ni en las urnas. Empieza en el alma de la mujer. La historia nos cuenta que las clases oprimidas conquistaron su verdadera libertad, arrancándosela a sus amos en una serie de esfuerzos. Es necesario que la mujer se grave en la memoria esa enseñanza y que comprenda que tendrá toda la libertad que sus mismos esfuerzos alcancen a obtener. Es por eso mucho más importante que comience con su regeneración interna, cortando el lazo del peso de los prejuicios, tradiciones y costumbres rutinarias. La demanda para poseer iguales derechos en todas las profesiones de la vida contemporánea es justa; pero, después de todo, el derecho más vital es el de poder amar y ser amada.

Verdaderamente, si de una emancipación apenas parcial se llega a la completa emancipación de la mujer, habrá que barrer de una vez con la ridícula noción que ser amada, ser querida y madre, es sinónimo de esclava o de completa subordinación. Deberá hacer desaparecer la absurda noción del dualismo del sexo, o que el hombre y la mujer representan dos mundos antagónicos.

La pequeñez separa; la amplitud une. Dejen que seamos grandes y generosos. Déjenos hacer de lado un cúmulo de complicadas mezquindades para quedarnos con las cosas vitales. Una sensata concepción acerca de las relaciones de los sexos no ha de admitir el conquistado y el conquistador; no conoce más que esto: prodigarse, entregarse sin tasa para encontrarse a sí mismo más rico, más profundo, mejor. Ello sólo podrá colmar la vaciedad interior, y transformar la tragedia de la emancipación de la mujer, en gozosa alegría, en dicha ilimitada.

Teresa Claramunt

A la mujer (1899)*

Si existiéramos en la época en que la fuerza muscular era signo de poder al cual se sometían los de débil construcción orgánica, claro está que las mujeres seríamos inferiores ya que la Naturaleza ha tenido el capricho de someternos a ciertos periodos que debilitan nuestras fuerzas musculares y hacen que nuestro organismo esté más propenso a la anemia. Mas hoy, por fortuna, ningún poder, ningún valor se le reconoce a la fuerza muscular. En el orden político, una mujer endeble, un niño enfermizo, un neurótico, un tísico o un sífilítico son elevados por la ignorancia a los más altos sitios del poder para dirigir desde allí la nave del Estado.

En el orden moral la fuerza se mide por el desarrollo intelectual, no por la fuerza de los puños. Siendo así, ¿por qué se ha de continuar llamándonos sexo débil?

Las consecuencias que nos acarrea tal calificativo son terribles: sabido es que la sociedad presente adolece de muchas imperfecciones, dado lo deficiente que es la instrucción que se recibe en España, y hablo de España porque en ella he nacido y toco las consecuencias directas de

* Publicado originalmente en *Fraternidad*, Gijón, 23-X-1899. Tomado de María Amalia Pradas Baena, *Teresa Claramunt, la virgen roja barcelonesa*, Virus, Barcelona, 2006.

su atraso. El calificativo débil parece que inspira desprecio, lo más compasión. No, no queremos inspirar tan desprecia-
tivos sentimientos; nuestra dignidad como seres pensantes, como media humanidad que constituimos nos exige que nos interese-
mos más y más por nuestra condición en la sociedad. En el taller se nos explota más que al hombre, en el hogar doméstico hemos de vivir sometidas al capricho del tiranuelo marido, el cual por sólo el hecho de pertene-
cer al sexo fuerte se cree con el derecho de convertirse en reyezuelo de la familia (como en la época del barbarismo).

Se dirá que nuestra intelectualidad es inferior a la del hombre. Aunque hay pretendidos sabios que lo afirman, hombres de estudios lo niegan. Yo creo que no se puede afirmar nuestra inferioridad siempre que se nos tenga a las mujeres sujetas en reducido círculo, dándonos por única instrucción un conjunto de necedades, sofismas y supersticiones que más bien atrofian nuestra inteligencia que la despiertan.

Hombres que se apellidan liberales los hay sin cuento. Partidos, los más avanzados en política, no faltan; pero ni los hombres por sí, ni los partidos políticos avanzados se preocupan lo más mínimo de la dignidad de la mujer. No importa. La hermosa acracia, esa idea magna hará justicia a la mujer; para la acracia no existe raza, color ni sexo. Hermana gemela de nuestra madre Natura, da a cada uno lo que necesita y toma de cada uno lo que puede dar de sí.

Si supieras, mujer, los bellos resultados que alcanzaríamos si imperase esa idea tan desconocida hoy por la casi totalidad de las mujeres. Si yo pudiera ser oída por vosotras todas, con qué afán, con qué cariño os dijera: «dejaos, ami-

gas mías, de esos embustes que os enseñan las religiones todas. Desterrad lejos, muy lejos, esas preocupaciones que os tienen, como los esclavos del siglo XIII con un dogal que no os deja moveros para que no penetréis en la senda de la razón. Mi voz no llega a todas vosotras; compañeras queridas, pero seáis las que seáis las que leáis estos renglones que dicta mi corazón que siente y un cerebro que piensa, no olvidéis que la mujer se ha de preocupar por su suerte, ha de leer los libros que enseñan, como son las obras ácratas, ha de asociarse con sus hermanas y formar cátedras populares donde aprende a discutir o para ir aprendiendo lo que nos conviene saber».

La igualdad de la mujer (1886)*

Primera parte

La mujer es inferior al hombre. Sus facultades físicas e intelectuales lo prueban superadamente.

Tal es la afirmación que imperturbablemente lanzan los burgueses siempre que se habla de los derechos de la mujer.

¿Decís que la mujer es inferior al hombre? Eso será verdad, quizá, en esta innoble sociedad en que vivimos. Por la dependencia material a que está sujeta, separada de todas las funciones que no son serviles, reducida a un salario insuficiente, obligada a venderse en casamiento a cambio de una protección a menudo ilusoria o alquilarse para un concubinato en el que sabe ha de ser despreciada, la mujer es, en efecto, inferior al hombre, que goza de monstruosos privilegios.

Imponiéndola una verdadera servidumbre moral, declarándola hecha para someterse exclusivamente a él, ordenándola una sumisión incondicional, que, por consi-

* Publicado originalmente en *Bandera Social*, Madrid, entre octubre y noviembre de 1886. Tomado de María Amalia Pradas Baena, *Teresa Claramunt, la virgen roja barcelonesa*, Virus, Barcelona, 2006.

guiente, le arrebatada toda iniciativa, se la reduce al estado de máquina o se la convierte en un objeto.

Pero ¿creéis, señores burgueses, que este estado de servilismo en que mantenéis a la mujer prueba su inferioridad? Os alabáis de una pretendida superioridad física e intelectual, citándonos triunfalmente las conclusiones de vuestros psicólogos y fisiólogos, conclusiones basadas principalmente en el género de vida tan diferente en que se desarrollan el hombre y la mujer.

¿Creéis, pues, que se puede declarar inferior un ser por el sólo hecho de que difiera de otro, sobre todo cuando esta diferencia proviene de la facultad que le distingue, determinando su función en la vida?

Y bien; yo soy mujer, me considero perfectamente igual a vosotros, mis facultades tan nobles como las vuestras y mis órganos tan útiles en la evolución general del gran todo humano.

Si la mujer es inferior al hombre respecto a fuerza, en cambio, como reproductora de la especie, es el primer obrero de la humanidad. Por otra parte, se exagera en exceso la inferioridad muscular de la mujer. Históricamente, la mujer ha sido siempre la principal bestia de carga, y en la actualidad comparte con el hombre los trabajos más penosos.

Porque la fuerza física de la mujer no sea exactamente igual a la del hombre, no se deduce lógicamente que no pueda gozar iguales derechos. ¡Hay en la especie animal tantos seres superiores al hombre! Y dentro de la misma

escala racional hay tantos hombres superiores en fuerza física unos a otros, que si hubiera de tomarse dicha fuerza como regulador de los derechos, habría quien tuviera una gran cantidad de ellos y quien no poseyera ninguno.

Esto, apenas se enuncia, demuestra una notoria injusticia que si ha podido pasar en el ayer de la humanidad, cuando la fuerza era el distintivo de la razón; si todavía hoy sobrevive merced a las raíces que las costumbres bárbaras han echado en la sociedad, mañana, ese mañana tan suspirado para todos los que tienen sed de justicia, sólo servirá de afrentoso recuerdo.

Ninguna imaginación que no está obstruida por la aberración más crasa, ningún criterio que no esté ofuscado por el embrutecimiento más inconcebible, puede suponer siquiera que el ser, por ser más fuerte, por tener desarrollado en mayor grado su sistema muscular, ha de gozar de mayores preeminencias, tener mayores goces y disfrutar de mayores prerrogativas.

Que si esto no pugnara abiertamente con las más rudimentarias reglas de justicia, reñido estaría desde luego con el espíritu de igualdad que cada vez más, hasta que llegue a definitivo auge, va informando el modo de ser y las relaciones sociales.

Los partidos reaccionarios y aun muchos de los que se llaman demócratas, republicanos y revolucionarios en cierto grado, son los que fomentan con más ahínco la inferioridad de la mujer y se oponen sistemáticamente a que ésta ocupe en la sociedad el rango que le pertenece.

Y no obstante esta aberración de entendimiento, los reaccionarios, mejor dicho, la clerecía ha conseguido, dominando a la mujer, tener bajo su férula a la sociedad. Así se comprende su tenacidad porque ésta no se ilustre; pues una vez ilustrada y al tanto de lo que son en resumen todas las farsas religiosas, terminaría ese modus vivendi, merced al cual los zánganos de las religiones chupan sin cesar el jugo de la colmena social.

¿Cómo es posible que el día que la mujer sepa, por lo que acredita la ciencia, que su hijo, lejos de ganar algo con lo primero a que le obliga la iglesia, el bautismo, se halla en inminente riesgo de, entre otras afecciones, perder la vista, de lo cual hay buen número de ejemplos, le lleve a bautizar?

Pues para que no desaparezca esta gabela, una de las más importantes que recibe la iglesia, se hace necesario que la mujer sea un zote; educadla y las pilas bautismales criarán telarañas de no usarse, y los recién nacidos se desarrollarán tan frescos y robustos con su pecado original encima, debajo, dentro o fuera, que para el caso es lo mismo.

Bandera Social, Madrid, 2-X-1886

Segunda parte

Los límites de un periódico semanal son poco a propósito para tratar el complejo problema de la igualdad de la mujer.

Las preocupaciones, arraigadas al cabo de tantos siglos, han constituido, por decirlo así, una segunda naturaleza y, dolorosamente, sufre gran retardo en su camino la marcha del progreso.

Pero algo ha de hacerse, y aunque no nos quepa a nosotros la gloria de ser los iniciadores en un problema tan racional, lógico y humano, no por eso hemos de cruzarnos de brazos; todo al contrario, dada la trascendencia del asunto y la necesidad imprescindible de que la razón se abra paso, allá vamos con nuestro óbolo, con nuestra piqueta revolucionaria, a horadar la muralla que interpone el absurdo privilegio a la luz de la libertad, de la igualdad y de la ciencia.

Torpes por demás han andado en este asunto todos los que, llamándose revolucionarios, han relegado la cuestión de la mujer a un completo olvido, desconociendo la importancia que este primer e importante factor ejerce en los destinos humanos.

Las religiones, habremos de repetirlo, más ilustradas en lo que a su beneficio pecuniario atañe, más experimentadas por sus íntimos conocimientos, han dejado hacer a los hombres de pelo en pecho, y seguramente se han reído sus secuaces cuando los oían gritar ¡viva la libertad! Sa-

biendo perfectamente que más o menos pronto, aquellos alardes serían dominados por ellos, con fingida manse-dumbre, desde el confesionario, y sus prerrogativas no serían cercenadas.

Pudiera aquilatarse la fuerza que la mujer, sin darse cuenta de ello, ha arrojado en el lado de la balanza de la reacción, y muchos, que quizá toman este asunto cual cosa baladí, vendrían a ponerse a nuestro lado, reconociendo paulatinamente, que no es posible una sociedad libre e instruida allí donde la mujer sea esclava e ignorante.

Además de esto, existe una cuestión de derecho en este asunto.

Ha sido tal la necesidad de nuestros antepasados y aun la de muchos que en la actualidad viven para juzgar acerca de la mujer, que parece ciertamente que se han incubado, plantas exóticas, fuera del seno materno. Ciertamente que oyendo a muchos discurrir a este propósito se pregunta, no el hombre pensador, no el filósofo, sencillamente el que tiene despejado el cerebro: ¿habrá tenido este energúmeno madre?

Y como, salvo mamá Eva, que ya saben ustedes aquello de la costilla es muy difícil haya existido hijo sin madre, que más fácil existiera sombra sin luz, y como la sociedad se compone de todos estos hijos con madre, no se explica a satisfacción el que los hijos cometan parricidio moral de negar a la autora de sus días, a la que los tuvo en su regazo. Los besó cuando niños, los alimentó con la fuerza creadora de su sangre, la igualdad y la libertad que para sí reclaman.

Cosas absurdas hay en verdad en este mundo que parece vaciado en el crisol de la aberración, pero ésta es de las más piramidales.

¡Y todo debido a la maldita ignorancia, a la deficiente enseñanza, a la involucración sistemática y constante de las puras fuentes de la razón y la ciencia!

Porque esos mismos a quienes decís ¿tú eres partidario de la igualdad de la mujer? Y os contestan, sin pararse un momento a reflexionar, y con la misma prisa que se daba aquel aragonés para alcanzar a su burro, a quien, para que corriera, metió una guindilla en mala parte, introduciéndose otra él en el mismo sitio; pues bien esos mismos que dicen, blasfemando disparates, que la mujer debe encerrarse en su casa, cuidar sus pucheros, y cuando más saber mal leer y escribir, porque hoy la mayor parte de los que leemos lo hacemos por antonomasia, no están conformes con lo que dicen, o mejor dicho, no saben lo que se dicen.

Conviene, aunque seamos un poco difusos en este punto, sentar algunos ejemplos.

Supongamos el enemigo más enemigo de los derechos de la mujer.

Decidle: ¿crees tú que tu madre, sin la coacción que ejerce el matrimonio, hubiera sido honrada y cumplido fielmente los deberes que se impuso al unirse con tu padre? Quizá no os deje acabar sin responder afirmativamente.

Insistid en la pregunta. Luego si tú supones, fundadamente, que tu madre no necesitaba sino su libérrima volun-

tad para el cumplimiento de su deber, ¿Por qué las demás no se encontrarían en el mismo caso y, por lo tanto, huelga el cohibirlas y es ridículo el matrimonio, que tiene todo el carácter de una imposición y de una intrusión, en asuntos meramente de conciencia, de personajes a quienes no conocéis, y que a no ser la costumbre, todas esas ceremonias servirían de argumento para un sainete?

Aquí es seguro ya no os conteste tan deprisa. Cuando más, y después de rascarse la oreja, balbuceará como chico que une letras: «Hombre, mi madre, sí; pero las demás..., mira el casamiento es conveniente porque fulano abandonó a zutana estando casado; con que ¿qué hubiera hecho si no está casado?»»

Este modo de raciocinar (de algún modo hemos de llamarle) es privativo de los constantes obstruccionistas a los derechos de la mujer, y demuestra por sí únicamente los serios fundamentos en que se apoyan los mantenedores del statu quo en materia de derechos femeniles.

Creemos haber demostrado que, de todos los despotismos, no hay ninguno tan inconcebible como el del hijo que sostiene que la mujer, en cuya voz colectiva se cuenta la que le dio el ser, debe permanecer relegada al estado de cosa.

¡El hijo, que no hubiera sido sin su madre, negando sus derechos a la que debe la existencia!

Bandera Social, Madrid, 16-X-1886

Tercera parte

Parece que tal exabrupto sólo debiera ocurrírsele a la burguesía, que ni ve, ni oye, ni entiende, ni reconoce otros lazos que los que le proporcionan aumentar algo más el capitalito ganado a fuerza de trabajos y sudores de otros.

Pero aún hay más: hemos presentado el ejemplo del hijo y la madre, porque así debía ser si habíamos de comenzar por el principio.

Dejemos a un lado hermanas y demás, para venir a la cuestión capital: marido y mujer.

Demos de barato que el hijo a quien antes encontramos en su camino vuelve a aparecer para ayudarnos a dar cima a nuestro trabajo.

Es natural suponer no se ha convencido, pues es sabido que el error se aprende con tanta facilidad como es difícil a la razón abrirse paso.

Así, pues, nuestro hombre, si así puede llamarse, sigue en sus trece, sino ha llegado ya a veintiséis o más.

Está casado, como Dios manda, lo cual es una desgracia en los tiempos burgueses que corremos.

Por consiguiente, tiene mujer; es suya (pues no queremos pensar mal), como mandan los cánones.

Ha pasado eso que se llama luna de miel cuando la volvemos a encontrar.

Después de la cortesía del saludo, tratamos de explorar su voluntad en distinta forma que lo hicimos anteriormente.

Al efecto damos comienzo a la información.

—¿Te has casado?

—Sí.

—¿Y qué tal es, no tu futura, sino tu presente?

—Hasta ahora no marcha mal.

—¿Es instruida?

—Hombre, nacida de padres que apenas tenían para comer con lo que trabajaban, tuvieron que ponerla a oficio desde muy niña: así que sólo ha aprendido a guarnecer botas.

—¿De modo que de enseñanza?

—Solamente ha aprendido lo que enseñaban en una escuela dominical, que es poco o nada.

—Y mañana, cuando tenga hijos ¿qué les va a enseñar?

—Ella nada. Yo haré todo lo posible porque vayan a una escuela.

—¿Del ayuntamiento?

—Claro; no tengo medios.

—¿Y no sabes que en esas escuelas lo que aprenden, según están montadas, es muchas cosas de las que no debían aprender?

—No tengo otro remedio. Harto lo siento.

—Aunque no soy rencoroso, voy a recordarte lo que me decías ha ya tiempo al preguntarte si eras partidario de que la mujer tuviera los mismos derechos que el hombre.

—¿Y qué tiene que ver eso con mis hijos?

—Lo verás. Cuando yo te preguntaba eso, no te quería decir lo que generalmente se entiende por igualdad de la mujer. Los anarquistas creemos que ésta, mitad o más del género humano, no debe ser una bachillera, que, como hoy se practica en muchas vecindades, se lleva todo el día de aquí para allá charlando como un sacamuelas y abandonando, por esa hidrofobia de exhibirse, sus atenciones para con la familia y sus deberes como esposa y como madre.

—Pues, ¿qué queréis entonces?

—Queremos que, en lugar de eso que piensan muchos cerebros obtusos, la mujer tenga mucha instrucción, con lo cual no es temible la libertad; queremos, que así como hoy tiene que enviar sus hijos a la escuela al cuidado de maestros más atentos a cobrar su asignación (salvo alguna rarí-

sima excepción) que a alumbrar la inteligencia de 40 o 50 niños, que asisten a las escuelas por término medio, pueda educar a sus hijos en los primeros pasos de la vida y prepararlos a mayores estudios; queremos que habiendo desarrollado sus conocimientos, no sólo sea el pedagogo del niño, sino el galeno provisional que, merced a su ilustración, pueda, con ayuda de manuales especiales, atender a los cuidados primeros que requiere la salud del pequeñuelo cuando ésta se quebrante.

—Eso me parece bien; pero lo creo mucho.

—No tal, puesto que nuestra pretensión no es que posea en absoluto todas las ciencias, sino que aquella cuyos prematuros cuidados maternos le impidan adquirirlos en mayor extensión, tenga rudimentarios principios de cuanto es necesario que la mujer que ha de constituir familia necesita. De ese modo no cabe duda que será buena hija, buena esposa y buena madre.

—Hasta ahí estamos de acuerdo: pero yo he oído hablar de amor libre y de no sé cuántas cosas más.

—Iremos llegando poco a poco. Lo primero que hemos convenido es que es conveniente que la mujer sepa algo más que barrer, remendar, espumar el puchero, y no tenga otras luces que las que se necesitan para conversar con las vecinas, que como también carecen de conocimientos, sus conversaciones, tarde o temprano, han de degenerar en eso que vulgarmente denominan chismes de vecindad, originados por lo común a disgustos sin cuento. Que si tuvieran más luces, quizá aprovecharían el tiempo en cosa más útil, por ejemplo, en excogitar los medios de venir en ayuda de

la vecina cuyo hijo, hermano o padre se encontrara en el lecho del dolor, o en instruir a los niños que hoy, después de ir a clase, sólo viven en la calle, o en el patio, oyendo lo que no debieran de oír.

—Eso lo entiendo. Pero deseo me orientes respecto a los otros puntos que te he preguntado.

Bandera Social, Madrid, 23-X-1886

Cuarta parte

—Pues esa hipocresía y falsedad no es transitoria e individual, sino permanente y casi general.

Si fuera fácil descubrirle todas las miserias que se ocultan en esos hogares donde moran los grandes personajes. Si pudieras sorprender los secretos de esas familias encopetadas cuyos blasones deslumbran. Si penetras en lo íntimo, en lo que se oculta a nuestra vista tras adamascados cortinajes, es seguro vencieras la repugnancia que, al parecer, sientes hacia lo que, por lo mismo que es la encarnación de la justicia, hacen tanta oposición los que tienen el corazón podrido por la inmoralidad.

La alta burguesía es una clase desenfrenada, sin humanidad, sin cariño ni otro lazo que el interés.

Huera en materia de virtudes, exhausta de todo noble sentimiento, envilecida en la malicie más repugnante, no hay freno que la contenga, y así mancha el tálamo nupcial como perpetra en sus orgías y bacanales los más repugnantes vicios, los extremos de goces más inverosímiles y contrarios a la naturaleza.

Según eso, el adulterio es la norma a que se ajustan los que nos predicán con la palabra moralidad.

¡El adulterio! Para nuestros burgueses, el adulterio es una frase inodora. Es un señor a quien saludan respetuosamente si le encuentran de paso y de quien se burlan en cuanto ha traspuesto la esquina.

Mejor dicho, el adulterio es visita de las casas aristocráticas, visita tan constante, que se ha familiarizado ya con los cónyuges. Ni él exige nada, ni éstos le guardan otros respetos que los de la etiqueta más frívola.

Esto te lo explicarás fácilmente si observas que, a pesar de ser tan grande el número de burgueses y burguesas que, por rendir tributo a la nota y al buen tono, cambian con frecuencia de consorte, apenas si oyes se haya celebrado un divorcio.

El adulterio entre los grandes es un mito en el que no reparan las gentes de alta alcurnia. Cuando más, algunos

maridos suelen aprovecharse de él para convertirle en elemento cotizabile.

Si la cara mitad es rica, apronta una cantidad como precio a esta libertad, y el tolerante esposo se aprovecha de este dinero para jugar y profanar santidades que aparecen respetables.

Suele acontecer que la fiel esposa, cansada de comprar tan caro el secreto, niegue alguna vez lo solicitado por su indisoluble consorte. Éste se enfurece y la amenaza con que el escándalo va a ser tan mayúsculo que se van a enterar hasta las naciones extranjeras.

Y ya ves, por desarrollada que sea una mujer en el vicio, esto la atemoriza y sigue soltando jugo.

Que es lo que realmente desea el envilecido eunuco para poder satisfacer a su devoción los múltiples caprichos de un ser estragado física y moralmente.

Algo de eso tengo yo oído cuando tenía relaciones con la doncella, pero no me negarás ahora, que si bien eso es cierto en cambio destruye vuestras pretensiones de que a la mujer le es suficiente con ilustrarse para que pueda ser un dechado de moral.

Por lo general, la burguesía es instruida, tiene medio de educarse. Sus hijos frecuentan las universidades, los ateneos, los centros del saber, en fin; sus hijas van a los colegios, no solamente españoles sino extranjeros.

Afinas la puntería, a lo que parece, y quizás sin quererlo, aduces argumentos que no se le hubieran ocurrido a Santo Tomás, gran dechado en teología.

Sin embargo, voy a tratar de probar como esas, que a simple vista parecen razones de peso, sólo tienen una falsa apariencia de doblé.

Desde luego yo no puedo asegurarte, porque no he penetrado siquiera en uno de esos colegios de jesuitas a donde va a parar la flor y nata de nuestros burguesitos, cuál es en detalle la educación que reciben.

Pero a juzgar por las manifestaciones exteriores y lo que la razón indica, puede conjeturarse en parte que ésta no es muy lúcida.

Tú bien conoces que esos sayas negras saben perfectamente donde les aprieta el zapato: habida cuenta de esto, no he de esforzarme mucho para demostrarte que lo que para ellos (las sotanas) desean es que se prolongue la estancia de los muchachos, puesto que éstos pagan por manutención, residencia y educación sumas crecidas que aumentan el tesoro de los hijos de Loyola.

Así, ya puedes figurarte si pondrán de su parte todos los recursos imaginables para que no se les acabe la bicoca.

Esto de una parte, y de otra ¿qué ilustración puede adquirirse en unos antros donde a porfía se ponen todos los medios para extraviar la razón y hacerla refractaria a las luces de la investigación científica; donde la libertad se subordina al fanatismo; donde, en fin, existe una atmósfera

mefítica que emponzoña en su nacimiento las ideas más puras y los sentimientos más nobles?

¿Por ventura este género de educación sui generis, sólo concretada al servicio de una clase egoísta, puede proporcionar beneficios a la humanidad en general?

Bandera Social, Madrid, 25-XI-1886

Federica Montseny

La mujer nueva (1926)*

La historia ha registrado varias épocas de transición. Es esta época nuestra una de ellas. Lo es en las artes, en la política, en todas las manifestaciones de la vida social.

Periodo de transición entre dos mundos: el viejo y el nuevo; entre las viejas leyes morales y religiosas del pasado, y los nuevos conceptos sobre la vida y la dignidad humana del futuro.

Las transiciones históricas a veces semejan desequilibrios. Se cae en la exageración al intentar ensayos; las nuevas rutas se inician con pasos vacilantes. Después surge el equilibrio, el camino definitivo sobre el cual marchar con seguro paso.

La época de transición se manifiesta en todo. Desde las especulaciones científicas y filosóficas y los sobresaltos sociales, a la ínfima intranscendencia de la moda.

Pero en algo se manifiesta más decididamente que en otro. En algo adquiere caracteres más agudos, que nos exigen reflexión y nos hacen recurrir al serio y un poco inquieto examen para tranquilizarnos a nosotros —o mejor— a nosotras mismas.

* Publicado en *La Revista Blanca*, Madrid, 15-5-1926.

Necesitamos tranquilizarnos nosotras, si, ya que de las mujeres se trata. Necesitamos afirmarnos en nosotras mismas, y oponer, al menoscabo moral que una parte de nuestro sexo nos inflige colectivamente, las razones justificativas y la confianza en el porvenir nuestro.

Período de transición entre un mundo que nace y otro que muere, como he dicho, nuestra época semeja sufrir los trastornos que preceden al cambio de edades en la vida humana. La mujer, englobando la colectividad en la palabra, pasa por dos períodos de transición histórica. El uno lo pasa como ser humano; el otro como fémica. Es decir, dentro de la especie y dentro del sexo a que pertenece.

Como ser humano sufre sobre si la inquietud y la duda del mundo sin norte, perdido el camino o tan sólo con vacilación iniciado. Como mujer, sale de la esclavitud moral y religiosa e inicia por sí misma una nueva era: la del derecho y la libertad iguales par a los dos sexos, para la vida toda.

La inicia, ¡pero con cuántos errores y cuánta inconsciencia de su transcendente acto!

La inicia casi sin comprenderlo o mal comprendiéndolo. Infantil en el terreno del dominio de los instintos propios, se lanza ciega y atropelladamente por el camino. Se emancipa esclavizándose; adquiere personalidad y la pierde; deja de ser mujer débil y sujeta al hombre y se sitúa en un plano moral más bajo. En vez de afirmarse en su sexo, de ennoblecerlo y dignificarlo, reniega de él y se acoge, sin mirar la estética ni las leyes naturales, bajo las costumbres y los errores del otro sexo.

Preciso será que nosotras, conscientes de nuestros derechos y deberes, mujeres que nos sentimos contentas y orgullosas de nuestro sexo, hagamos sonar, aunque sea estérilmente, la voz de la serenidad y del equilibrio.

Masculinizarse no es ni puede ser elevarse, libertarse ni dignificarse. Debemos tener de nosotras un concepto más superior y más altivo. Y en nosotras ha de haber una aspiración más alta que esa menguada aspiración a emular e imitar al otro sexo.

No debemos contentarnos con todos los derechos que tiene el hombre. Debemos aspirar, con voluntad indomable, a todos los derechos que habría de tener.

Aspirar a ellos colectivamente, luchar por una libertad y, un general derecho: he aquí la obra fecunda, la obra que se realizará cuando la senda se siga con seguro paso.

Y es necesario combatir en sus raíces esa desdichada desfeminización que, de extenderse, nos hará caer en el mortal abismo del ridículo y es un ultraje contra la estética y contra la Naturaleza.

Debemos aspirar a la libertad absoluta, a la igualdad absoluta, al absoluto derecho. Debemos aspirar a ellos como mujeres y como seres humanos. Y la libertad, la igualdad y el derecho no están en los pantalones ni en las cabezas peladas.

La mujer del mañana no será una Mónica Lhorbier ni la Môme Moincau proclamada prototipo de la mujer mo-

derna. La mujer del porvenir no será ni una machona, ni una *niña pera*. La mujer del porvenir no será un entecillo andrógino, con la cabeza ayuna de ideas y de pelo, el cabello aplastado sobre las sienes a fuerza de cosmético, smoking impecable, cigarrillo en boca y bastoncillo en ristre.

Este horroroso tipo que la moda—intranscendencia aparente, pero que marca las características de las épocas—ha creado para detener el avance de las reivindicaciones femeninas, es muestra de un lamentable desequilibrio, manifestado en no pocas mujeres y que amenaza extenderse a todo el sexo, propio de la época de transición en que vivimos y que desaparecerá tan pronto las ideas se encaucen y logre iniciarse la verdadera ruta del sexo, colectiva e individualmente considerado.

Entonces se aprovecharán los elementos buenos de la materia bruta que es la mujer de nuestros días, y con ellos se forjará el tipo ideal de la mujer futura.

Una mujer-mujer, no mujer-hombre ni mujer-hembra. Una mujer-mujer, no criatura sin personalidad ni sexo. Una mujer orgullosa y segura de sí misma, con plena conciencia de que en ella están los destinos y el porvenir de la raza humana. Una mujer creadora de hombres y no imitadora; una mujer que sepa representar al sexo y a la especie; que posea una individualidad fuerte y propia, una gran fuerza moral, hija del concepto seguro y tranquilo que de sí misma tenga y de la confianza que su capacidad, su serenidad, su dignidad inspiren individual y colectivamente.

Una mujer que en su equilibrio, en su salud, madre de la belleza moral y física, en su inteligencia, en su voluntad,

en su vida, residan todos los equilibrios, toda la salud y belleza, todas las inteligencias, todas las voluntades, todas las vidas de la especie. Una mujer que viva su vida de mujer, de amante y de madre con plena seguridad y con plena conciencia; que sepa ser ella siempre, con sello inconfundible, con vigorosa vida individual y libre, pletórica de energías morales, de armonía física.

En ella, en esta mujer nueva, desconocida aún o sólo esbozada, reside el mañana. De ella, de su vida generosa y ubérrima, rica y sana, saldrán los hombres del porvenir: saldrán los hombres como dioses que substituirán a los hombres como bestias del pasado y del presente.

Feminismo y Humanismo (1924)*

Cierto amable y anónimo amigo me remite un ejemplar de un periódico, diciéndome: "Por si te interesa".

El periódico en cuestión es *El Pueblo*, de Valencia, y señalado por el mismo remitente veo un artículo que se titula "El tercer sexo" y firma Antonio Dubois.

El escrito —¡cómo no!— habla del feminismo y de las mujeres. Hay en él opiniones muy apreciables y bastante acertadas, y he pensado que merecía el comentario de una mujer, que, como tal, preocupase preferentemente de los problemas de su sexo y a la que, como muy bien supuso el que tuvo la atención de remitirme el ejemplar del diario valenciano, interesan esas cuestiones del feminismo, aunque sólo sea para combatirlas y situarlas en el punto donde han de partir todas las inquietudes humanas: la transformación de una sociedad injusta y el abandono de una moral y unas preocupaciones que sólo han servido para esclavizar a la mujer y desviar a la especie toda.

Le dedicaré, por tanto, otro artículo al tema del feminismo, que quizá no hará más que repetir lo dicho en anteriores sobre el mismo asunto trazados, ya que dada su permanente actualidad y su lamentable y errónea tendencia, opino que el feminismo merece continuas críticas, y la emancipación de la mujer, máximo problema de los tiem-

* *La Revista Blanca*, 1 de octubre de 1924. Tomado del blog [Las Interferencias](#).

pos presentes, el esfuerzo modesto de los que en ella y en su influencia bienhechora, tenemos puesta nuestra esperanza.

Antonio Dubois, en su artículo, divide en dos al feminismo: Uno es el que, según él, "conserva todos los encantos poéticos de la mujer" y otro —el del "Tercer sexo", movimiento formidable que tiene su cuna y su fuerza en Inglaterra— el rudo, acre, despótico, imperativo, con la falta de feminidad que caracteriza a las mujeres solteras, que odian a los hombres porque no han podido casarse.

El "Tercer sexo", partido numerosísimo —lo que indica el gran contingente de mujeres que la guerra sentenció, con su monstruosa devoración de hombres, a la soledad forzosa— tan numeroso que lanza la cifra de un millón 700.000 adherentes, es el que quiere derribar del Poder al hombre y, desde él, imponer su dictadura a la humanidad. Sin embargo, Antonio Dubois, humorísticamente opina que unos cientos de miles de matrimonios aplacarían las iras reivindicadoras de ese millón y medio de mujeres energúmenas.

Este ha sido, el del llamado "Tercer sexo", el movimiento feminista más importante en Inglaterra. El otro, el que "conserva todos los encantos poéticos de la mujer", es lo que se ha bautizado con el nombre de socialismo cristiano, de importación de los países latinos, donde logró adquirir, particularmente en Francia, ciertos ribetes reformistas por haberlo adoptado las mujeres intelectuales y doctas, de tímida tendencia izquierdista. Más aclarado aún: es el propio feminismo anglo-sajón, perfumado y suavizado por la

galantería y la espiritualidad humanista y ligera de las razas meridionales.

En España no existe el feminismo del "Tercer sexo". No existe tampoco el socialismo cristiano. En realidad, no existe feminismo de ninguna clase y si alguno hubiese, habríamos de llamarlo fascista, pues sería tan reaccionario e intolerante, que su arribo al Poder significaría una gran desgracia para los españoles. Afortunadamente, no sucederá tal cosa.

En cuanto a los feminismos europeos, o las dos clases en que divide el feminismo Antonio Dubois, estimo, como siempre, que ambos adolecen del mismo defecto capital, suavizado en uno, áspero y estridente en otro: la falta de humanismo, de este amor a la humanidad que forma el máspreciado y generoso fundamento de todos los ideales.

Es más aún: examinando fríamente el feminismo, sus puntos, sus programas máximos y mínimos, sus figuras y sus actuaciones, se llega a sacar la conclusión de que él, su fuerza retrógrada y coercitiva, suave o áspera —lo mismo da, pues quizá es más reaccionario el latino, con sus ribetes de socialismo o mejor, sillonismo, que el anglo-sajón, con sus pintorescas ansias revolucionarias de despechadas— representa un factor muy importante y muy grave, puesto al servicio de la reacción y con posibilidades de entorpecer el camino de las ideas modernas. Es decir, el feminismo, partido de Estado, de privilegio, de mando, de intolerancia religiosa y moral, de asperezas de sexo, de brutalidad dominadora o de falsa suavización de costumbres, puede convertirse, en el proceso evolucionista de los tiempos modernos, en el revulsivo que coarte la libertad del hombre, y de

las mujeres, minoría por desgracia, que han logrado despojarse del lastre de los siglos transcurridos en el obscurantismo y el embrutecimiento intelectual.

Yo creo que la cuestión de los sexos está clara, meridianamente clara: Igualdad absoluta en todos los aspectos para los dos; independencia para los dos; capacitación para los dos; camino libre, amplio y universal para la especie toda. Lo demás es reformismo, relativista, condicional y traidor en unos; reaccionario, cerril, intransigente y dañino en otros.

¿Feminismo? ¡Jamás! ¡Humanismo siempre! Propagar un feminismo es fomentar un masculinismo, es crear una lucha inmoral y absurda entre los dos sexos, que ninguna ley natural toleraría.

Antonio Dubois, comprendiendo por una parte el problema, por otra desbarra. Desbarra como desbarran cuantos, sin tener ideas verdaderamente avanzadas, quieren dar explicación y solución a fenómenos y cuestiones modernas.

Y dice, defendiendo el feminismo que él estima útil y verdadero "el insinuante y tierno que acabará por esclavizarnos": "El día que la mujer legisle y administre, las grandes instituciones básicas de la sociedad en crisis: familia, educación, natalidad, justicia, asistencia social e higiene, hoy vacilantes en los brazos del hombre, se sostendrán con más solidez en las manos de ellas."

El día que la mujer legisle y administre, continuarán las injusticias, los privilegios, las desigualdades, las miserias y las luchas, porque las bases de la actual sociedad, que Antonio Dubois cree podrá apuntalar el feminismo que conserva todos los encantos poéticos de la mujer que los tenga, no hay fuerza humana que las apuntele, ya que ellas, por podridas e injustas, están condenadas a morir.

He aquí el error fundamental del reformismo, que, como todos los partidos políticos, y hasta como nosotros mismos, ven en la mujer, como madre, educadora y compañera del hombre, un auxiliar precioso y un elemento decisivo para las ideas que se disputan la hegemonía del pensamiento; El reformismo, sea femenino o masculino, cree poder apuntalar a la actual sociedad con concesiones y paliativos. De ahí el origen del socialismo cristiano de Inglaterra y del feminismo meridional, impulsado y favorecido por los partidos políticos de izquierda, feminismo más peligroso que el otro y que en un porvenir no muy lejano verémosle representando el freno tradicionalista en los grandes acontecimientos sociales que se avecinan.

Por esto yo repetiré siempre que el feminismo, sea el que fuere, suave o áspero, reformista o ultramontano, no puede ser jamás un factor evolutivo ni un valor de renovación social. A lo sumo, con sus reformismos, una pequeña conquista arrancada a las preocupaciones y al ancestralismo.

Socialmente, acepta y exige privilegios que si son injustos disfrutándolos los hombres, también lo serán si los disfrutan las mujeres. Humanamente, tolera todas las coacciones de la moral y de la religión, es ordenado y metódico y cuando se vuelve revolucionario es por despecho y no por

justicia, y, en ciertos aspectos, da la razón a cuantos hombres no consideran digna de ser igual en libertad y en derechos a la mujer. Es casi una desviación del sexo y en algunos momentos una regresión, representando un peligro para las mismas mujeres que no estén conformes con sus normas e intolerancia. No es capaz de ser demoledor, generoso, abnegado, valiente y altivo ante la sociedad y ante la vida. Carece de comprensividad, de ansias de justicia y de dignificación. Está fosilizado por los prejuicios y la moral reinantes y jamás comprenderá, sea suave o áspero, meridional o anglo-sajón, reformista o reaccionario, satisfecho o despechado, lo que es un ideal de armonía absoluta, de paz completa, de universalismo amplísimo, de evolución infinita y de libertad y perspectivas sin límites.

Lucía Sánchez Saornil

La cuestión femenina en nuestros días
(1935)*

En la actualidad está socialmente rebasada la teoría de la inferioridad intelectual femenina; un número considerable de mujeres de todas las condiciones sociales han demostrado prácticamente la falsedad del dogma, podríamos decir, demostrando la excelente calidad de sus aptitudes en todas las ramas de la actividad humana. Sólo en las capas sociales inferiores, en donde penetra más lentamente la cultura, puede sostenerse aún tan perniciosa creencia.

Pero, cuando el campo parecía despejado, un *nuevo dogma* —éste con aparentes garantías científicas— *obstaculiza* el camino de la mujer levantando nuevos valladares a su paso; y es de tal calidad que por un momento ha debido dejarla pensativa.

Frente al dogma de la inferioridad intelectual se ha levantado el de la diferenciación sexual. Ya no se discute, como el siglo pasado, si la mujer es superior o inferior; se afirma que es *distinta*. Ya no se trata de un cerebro de ma-

* *Solidaridad Obrera*, 15 de octubre de 1935. Tomado del blog [Escritoras en la Prensa](#).

yor o menor peso o volumen, sino de unos cuerpecillos esponjosos, llamados glándulas de secreción que imprimen un carácter peculiar a la criatura determinando su sexo y con éste sus actividades en el campo social.

Nada tengo que objetar a esta teoría en su aspecto *fisiológico*, pero sí a las conclusiones que se pretende extraer de la misma. ¿Que la mujer es distinta? De acuerdo. Aunque tal vez esta diversidad no se deba tanto a *la naturaleza como al medio ambiente* en que se ha desenvuelto. Es curioso, cuando tantas consecuencias se han sacado de la teoría del medio en la evolución de las especies, que aparezca completamente olvidada cuando se trata de la mujer. Se considera a la mujer actual como un tipo íntegro sin tener en cuenta que no es más que el producto de un medio permanentemente coactivo, y que es casi seguro que restablecidas en lo posible las condiciones primarias, el tipo se modificaría ostensiblemente, burlando, tal vez, las teorías de la ciencia que pretende definirla.

Por la teoría de la diferenciación la mujer no es más que una matriz tiránica que ejerce sus oscuras influencias hasta los últimos repliegues del cerebro; toda la vida síquica de la mujer supeditada a un proceso biológico, y tal proceso biológico no es otro que el de la gestación. “Nacer, sufrir, morir”, dijimos en un artículo anterior. La ciencia ha venido a modificar los términos sin alterar la esencia de este axioma: “Nacer, gestar, morir”. Y he ahí todo el horizonte femenino.

Claro es que se ha pretendido rodear esta conclusión de doradas nubes apoteósicas. “La misión de la mujer es la más culta y sublime de la naturaleza, se dice; ella es la ma-

dre, la orientadora, la educadora de la humanidad futura.” Y entre tanto se habla de dirigir todos sus pasos, toda su vida, toda su educación a este solo fin; único, al parecer, en perfecta armonía con su naturaleza.

Y ya tenemos nuevamente enfrentados el concepto de mujer y el de madre. Porque resulta que los sabios no han descubierto ningún mediterráneo; a través de todas las edades se ha venido practicando la exaltación mística de la maternidad; antes se exaltaba a la madre prolífica, paridora de héroes, de santos, de redentores o tiranos; en adelante se exaltará a la madre eugenista, a la engendradora, a la gestadora, a la paridora perfecta; y antes y ahora todos los esfuerzos son convergentes a mantener en pie la brutal afirmación de Okén que citaba el otro día: “La mujer no es el fin, sino el medio de la naturaleza; el único fin y objeto es el hombre.”

He dicho que teníamos nuevamente enfrentados el concepto de mujer y el de madre, y he dicho mal; ya tenemos algo peor: el concepto de madre absorbiendo al de mujer, la función anulando al individuo.

Se diría que en el transcurrir de los siglos el mundo masculino ha venido oscilando, frente a la mujer entre dos conceptos extremos: de la prostituta a la madre, de lo abyecto a lo sublime sin detenerse en lo estrictamente humano: la mujer. La mujer como individuo, como ser racional, pensante y autónomo.

Si buscáis a la mujer en las sociedades primitivas sólo hallaréis a la madre del guerrero, exaltadora del valor y de la fuerza. Si la buscáis en la sociedad romana, sólo hallaréis

a la matrona prolífica que surte de ciudadanos la República. Si la buscáis en la sociedad cristiana la hallaréis convertida en la madre de Dios.

La madre es el producto de la reacción masculina frente a la prostituta que es para él toda mujer. Es la deificación de la matriz que lo ha albergado.

Pero —y nadie se escandalice, que estamos entre anarquistas y nuestro primordial cometido es restablecer las cosas en sus verdaderos términos, derrumbar todos los falsos conceptos por prestigiados que estén—, la madre como valor social no ha pasado hasta el momento de ser la manifestación de un instinto, un instinto tanto más agudo cuanto que la vida de la mujer sólo ha girado en torno a él durante años; pero instinto, al fin; apenas, en algunas mujeres superiores, ha alcanzado la categoría de *sentimiento*.

La mujer, en cambio, es el individuo, el ser pensante, la entidad superior. Por la madre queréis excluir a la mujer cuando podéis tener mujer y madre porque la mujer no excluye nunca a la madre.

Desdeñáis a la mujer como valor determinativo en la sociedad dándole *la calidad de valor pasivo*. Desdeñáis la aportación directa de una mujer inteligente por un hijo tal vez inepto. Repito que hay que restablecer las cosas en sus verdaderos términos. Que las mujeres sean mujeres ante todo; sólo siendo mujeres tendréis después las madres que necesitáis.

Lo que verdaderamente me asombra es que compañeros que se llaman anarquistas, alucinados, tal vez, por el

principio científico sobre que pretende estar asentado el nuevo dogma, sean capaces de sustentarlo. Frente a ellos me asalta esta duda: si son anarquistas no son sinceros, si son sinceros no son anarquistas.

En la teoría de la diferenciación, la madre es el equivalente del trabajador. Para un anarquista antes que el trabajador está el hombre, antes que la madre debe estar la mujer. (Hablo en sentido genérico) Porque para un anarquista antes que todo y por encima de todo está el *individuo*.

Las mujeres. Ellas también lo dieron todo (1937)*

La intervención de la mujer en nuestro movimiento no ha sido medida con vara exacta de justicia.

Para unos no es digna de tenerse en cuenta, para otros ha sido un motivo muy a propósito para barajar metáforas líricas o galantes. Unos la han mirado con el desdén masculino tradicional; otros con un hiperbólico sentimentalismo rayano en las lágrimas.

¡Bah! Ante éstos y aquéllos es seguro que las mujeres que ya han aprendido a ser mujeres se encogerán de hombros.

¡Estaría bueno que, en fin de cuentas, todas las hipótesis y aun todas las afirmaciones “comprobadas” de la ciencia acerca de la mujer no fueran sino soberanos errores de los sabios! Su naturaleza débil... su carácter pasivo... Nosotros hemos dicho muchas veces que la mujer, tal y como la conocíamos, es un producto del medio, pero los doctores...

¡Cuántas cosas se vienen al suelo todos los días! Entre otras muchas cayó el 19 de Julio el concepto tradicional de la mujer.

La cápsula, esa terrible cápsula de premeditaciones en que la mujer vivía envuelta, hace tiempo que venía sintiendo los efectos corrosivos de la transformación del medio.

* *Umbral*, n. 2, 17 de julio de 1937. [Escritoras en la Prensa](#).

Peor para los que no quisieron darse cuenta, porque el 19 de Julio la cápsula se rompió bruscamente y la mujer se encontró de pronto abofeteada por todos los vientos, herida por todos los gritos; con las manos libres, con los pies desatados, afrontando, con su pecho, fortalecido por la libertad, una situación nueva.

Pudo más la intuición que la sabiduría, y la mujer hizo más de lo que le habían enseñado a hacer. Como al fin podía moverse, ir y venir, fue a todas partes y en todas partes se acusó su presencia. Ya fue más que la madre, y la hermana y la compañera, fue ella misma, con una conciencia de su existencia y de su personalidad.

Recobró instantáneamente aquella rebeldía primaria que la fábula del paraíso prefiere disfrazar de curiosidad sin pensar que teje una nueva paradoja en torno a la mujer, a quien la religión y la ciencia quieren presentar pasiva.

Curiosidad y pasividad son dos términos que se excluyen; donde hay curiosidad no puede haber pasividad porque aquélla es sin duda el móvil de acción permanente bajo cuyo estímulo la humanidad va desenvolviendo sus etapas de progreso infinito.

El 19 de Julio la mujer, desatada, se recobró a sí misma; y ya no quiso volver a perderse.

Aquellos días, tragándose las lágrimas, aprendió el valor de la acción y actuó heroicamente en los frentes y en las retaguardias. Fundó hospitales, socorrió a los niños, enjugó lágrimas y dulcificó heridas; recompuso la carne desgarrada y exaltó a los combatientes con el ejemplo de su debilidad, convertida en audacia. Dio sus sonrisas, su solicitud, su amor y su odio - también su odio - a todo, y su sangre.

Sí, su sangre; no a través del hijo como otras veces, sino su sangre misma, la que corría por sus venas y que le calentaba sus entrañas.

La mujer española, ignorante y tímida, superó todas las gestas femeninas de la historia. No fueron ya los casos aislados de María Pita, Agustina de Aragón, Marianita Pineda; fueron legiones; en los frentes y en la retaguardia, en las trincheras de la línea de fuego y en las trincheras de las calles ciudadanas. Cayeron allá con su ardor, con su intrepidez, con su piedad sublimada y cayeron acá con su serenidad y su estoicismo. La Prensa recogió en su precipitación y en su fiebre diarias, muchos nombres de mujer; algunos fueron ya exaltados líricamente por los poetas; los más fueron enterrados con sus cuerpos bajo la tierra acogedora. Algún día, en un libro emocionado, diferenciaremos esta sangre de mujer que ha sellado, al fin, el pacto de paz entre los sexos y que ha de servir para amasar la arcilla de un mundo superado.

Entonces hablaremos ampliamente de la Riojana, nadie la recuerda por otro nombre, que cayó en tierra vasca al pie de la ametralladora con que cubría la retirada de nuestros milicianos.

Y de aquella Mercedes, de quien nos habló un día Mauro Bajatierra, que saltaba los parapetos para retirar la carne doliente de los hermanos caídos y los cuerpos fríos de nuestros muertos, cuando fue derribada por la metralla enemiga.

Y de aquella otra muchachita que sucumbió en las crestas de la sierra, fusil al brazo, en los primeros días de la lucha y cuyo nombre ha sido ya líricamente exaltado por el poeta Balbotín.

Y ante todas, y a la cabeza de todas, Lina Odena, jefe ya de un batallón, que consciente y segura pisó las zonas del heroísmo agujereándose la sien en un círculo de muertos amados, antes que los bárbaros pusieran sobre ella sus garras asquerosas.

Nombres de mujer ante los que se quebrarán todas las agudezas de la ironía; nombres de pobres mártires que serán como los de la Libertaria y Encarnación Giménez, el baldón más negro en la frente de nuestros enemigos.

Fueron más que madres, hermanas y compañeras; fueron sencillamente mujeres, afirmaciones de una conciencia recién nacida, anuncio de un potencial de realizaciones incalculables.

Algún día desenterraremos estas muertas queridas para escribir en la Historia sus nombres gloriosos.

Peggy Kornegger

Anarquismo: la conexión feminista (1975)

Hace once años, cuando estudiaba en una secundaria de Illinois, no había escuchado nunca la palabra «anarquismo». Lo más cerca que estuve de ellas fue entenderla como «caos», así como en mi clase de historia alguien me transmitió el mensaje de que no había diferencia entre el socialismo, el comunismo y el fascismo, con toda la connotación que este tiene a Hitler, campos de concentración y toda clase de cosas horribles que nunca pasarían en un país libre como el nuestro. Fui sutilmente adiestrada para tragarme las ideas políticas tradicionales de EE.UU.: la moderación, el compromiso, el salto de valla, el considerar a Chuck Percy como un chico estupendo. Aprendí bien la lección: me tomó años reconocer el sesgo y la distorsión que habían moldeado toda mi «educación». La «historia» de la humanidad (blanca) significó precisamente eso; como mujer estaba relegada a una existencia virtual y como anarquista apenas tenía si tenía existencia. Me habían arrebatado todo un trozo de mi pasado y de sus proyecciones al futuro. Sólo hace poco descubrí que muchos de mis tendencias e inclinaciones políticas inconscientes compartían un esquema común, y era la tradición de pensamiento anarquista o libertaria. Por primera vez vi en colores después de años de ver sólo tonos grises.

Fue Emma Goldman la que me proporcionó mi primera definición de anarquismo:

El anarquismo, representa la liberación de la mente humano de la dominación de la religión; representa la liberación del cuerpo de la dominación de la propiedad; la liberación de las cadenas y restricciones de un gobierno. El anarquismo representa un orden social basado en la conjunción de grupos libres de individuos que producen el bienestar social, y un orden que le dará la garantía a todo ser humano de tener libre acceso a la tierra y a la posibilidad de cubrir sus necesidades vitales, de acuerdo a sus deseos, gustos e inclinaciones individuales.

Anarquismo: lo que realmente significa
Emma Goldman

Comencé muy tempranamente a hacer conexiones entre el anarquismo y el feminismo radical. Fue muy importante para mí escribir algunas percepciones sobre este tema con el objetivo de comunicar a otros el estímulo que era el anarco-feminismo. Es crucial que compartamos nuestras visiones con otros para romper las barreras que las equívocas y la disgregación levantaban entre nosotros. Aunque me declaraba anarco-feminista, esta definición podía ser fácilmente incluida en el socialismo, el comunismo, el feminismo cultural, el separatismo lésbico, u otra media docena de calificativos. Como escribió Su Negrin: «Ningún paraguas ideológico puede cubrirme por completo». Podría resultar que tuviéramos en común mucho más que lo que creemos, ya que mientras escribo sobre mis reacciones y percepciones, no las veo separadas de las vidas y pensamientos de otras mujeres. De hecho, una de mis convicciones más fuertes en el Movimiento de Mujeres es que efectivamente compartimos una comunidad de visión increíble.

Mi propia participación en esta visión no es para ofrecer postulados o respuestas rígidas sino posibilidades y relaciones flexibles que espero puedan germinar entre nosotras y contribuir a un proceso permanente de crecimiento y evolución/revolución individual y colectivo.

¿Qué significa realmente el anarquismo?

El anarquismo ha sido calumniado y mal interpretado por tanto tiempo que probablemente lo primero que haya que hacer es dar una explicación de lo que es y no es. Quizás el estereotipo más difundido del anarquista es aquél de un hombre de aspecto malvado escondiendo una bomba encendida bajo su capa negra, dispuesto a destruir o a asesinar a cualquiera que se le atraviese. Esta imagen genera temor y repulsión en la mayoría independiente de sus ideas políticas. Como resultado se descarta el anarquismo como algo feo, violento y extremista. Otra concepción errada es que el anarquista es un idealista poco práctico, preocupado en futilidades, en abstracciones utópicas y sin contacto con la realidad concreta; en este caso el resultado también descarta el anarquismo por ser «un sueño imposible».

Ninguna de estas imágenes es representativa, (aunque haya habido anarquistas asesinos e idealistas, como en tantos movimientos políticos de izquierda o de derecha). Qué cosa sea representativa es algo que depende de nuestro punto de referencia. Hay diferentes tipos de anarquistas, del mismo modo que hay diferentes tipos de socialistas. Pero de lo que hablaré aquí será del anarquismo comunista, al que equiparo al socialismo libertario (en tanto no autoritario). Las etiquetas nos pueden confundir por lo que, con el ánimo de definir el término, diré que el anarquismo

se basa en tres principios fundamentales (cada uno de los cuales creo que está relacionado, tarde o temprano, con un análisis feminista radical de la sociedad):

1. *Creencia en la supresión de toda autoridad, jerarquía o gobierno.* Los anarquistas llaman a la disolución (más que a la toma) del poder de un humano sobre otro, de un estado sobre una comunidad. Mientras muchos socialistas invocan un gobierno de la clase trabajadora y un gradual «debilitamiento del estado», los anarquistas creen que los medios crean el fin, que un estado fuerte se autoperpetúa. La única forma de alcanzar el anarquismo (de acuerdo a la teoría anarquista) es a través de la creación de cooperativas y formas anti-autoritarias. El separar el proceso de los objetivos de la revolución es asegurar la perpetuación de una estructura y modelo opresor.
2. *Creencia tanto en el individuo como en la colectividad.* La individualidad no es incompatible con un pensamiento comunista. Sin embargo debemos hacer una distinción entre el «individualismo basto» que alienta la competencia y el desprecio de las necesidades de los otros, y el verdadero individualismo, que implica libertad sin transgredir la libertad de los otros. Específicamente, en término de organización social y política significa equilibrar la iniciativa individual con la acción colectiva a través de la creación de estructuras que posibiliten la toma de decisiones por parte de los individuos organizados en grupos, en comunidades o en fábricas, no por «representantes» o «líderes». Significa coordinación y acción en una red de pequeños grupos o co-

munidades no jerárquicos (en un esquema de círculos más que de forma piramidal). Finalmente, significa que el triunfo de la revolución implica individuos y grupos autónomos, sin manipulación, trabajando juntos para tomar «directamente, sin mediación el control de la sociedad y de sus propias vidas» (Murray Bookchin: *On Spontaneity and Organization, Liberation*).

3. *Creencia tanto en lo espontáneo como en la organización.* Los anarquistas siempre han sido acusados de promover el caos. La mayoría cree que el anarquismo es sinónimo de desorden, de confusión, de violencia. Esto es una total tergiversación de lo que en realidad representa el anarquismo. Los anarquistas no niegan la necesidad de la organización ellos sólo demandan que esta tiene que venir desde abajo, no desde arriba, desde dentro, más que desde fuera. Las estructuras externas impuestas o las reglas rígidas que promueven la manipulación y la pasividad son las formas más peligrosas que una «revolución» socialista puede adoptar. Nadie puede dictaminar el molde del futuro. La acción espontánea dentro de un contexto específico es necesaria si vamos a crear una sociedad que responda a las necesidades cambiantes de los individuos y de los grupos. Los anarquistas creen en la combinación de las cosas: una democracia de participación a pequeña escala en conjunción que una cooperación y coordinación colectiva a gran escala (sin perder la iniciativa individual).

De este modo el anarquismo cobra un aspecto atractivo, pero ¿puede funcionar? ¿Tiene algo que ver esa utopía romántica con el mundo real? Por supuesto. Los anarquistas

han tenido éxito (aunque sólo de modo temporal) en una serie de instancias (ninguna de ellas lo suficientemente conocida). España y Francia, en particular, tienen una larga tradición de actividad anarquista, y fue en estos dos países que se dio la materialización más emocionante del anarquismo teórico.

Más allá de la teoría: España 1936-1939; Francia 1968

La revolución es un asunto de los pueblo, una creación popular; la contra-revolución es asunto del Estado. Así ha sido siempre y así será siempre, ya sea en Rusia, en España o China.

Federación Anarquista Ibérica- FAI-
Tierra y Libertad, 3 de julio de 1936.

Se cree comúnmente que la llamada Guerra Civil Española, fue simplemente una lucha entre el fascismo franquista y las fuerzas partidarias de una democracia liberal. Lo que ha sido pasado por alto, u obviado, es que en España aconteció algo mucho más importante que una guerra civil. Tuvo lugar una revolución con una amplia base social que abrazó los principios anarquistas, de modo concreto en muchas zonas del país. La reducción gradual y la eventual destrucción del movimiento libertario es menos importante que discutir aquí qué lograron realmente las mujeres y los hombres que participaron en ellas. A pesar de inmensos imprevistos ellos hicieron un trabajo anarquista.

La implementación de la colectivización anarquista y el autogobierno de los trabajadores durante la Revolución Española nos ejemplifican la organización más espontánea. Los anarquistas han sido parte de la conciencia popular española tanto en lo rural como en la industria. En el campo, tenían una larga tradición de comunalismo; muchos pueblos todavía comparten una propiedad común o dan partes de su tierra a quienes no tienen. Décadas de colectivismo rural y cooperación asentaron las bases para el anarquismo teórico que llegó a España en 1870 (por intermedio del revolucionario italiano Fanelli, amigo de Bakunin) y le dio auge al anarco-sindicalismo, la aplicación de los principios anarquistas a los sindicatos. La Confederación Nacional del Trabajo, fundada en 1910, fue la coalición anarco-sindicalista (junto a la Federación Anarquista Ibérica) que proporcionó la educación y la preparación a las organizaciones de trabajadores autogestionadas y a las colectivizaciones. Diez mil libros, periódicos y panfletos provenientes de casi todos los rincones de España para contribuir al conocimiento general del pensamiento anarquista. Los principios anarquistas de cooperación no jerárquica y la iniciativa individual combinada con las tácticas anarco-sindicalistas de sabotaje, boicot y combate, así como la instrucción en los aspectos productivos y económicos, les dieron a los trabajadores el substrato para fundar su teoría y su práctica. Esto llevó, después de julio de 1936, a una apropiación espontánea y exitosa tanto de fábricas como de los campos.

Cuando el 19 de julio de 1936, la legalidad española responde al triunfo electoral del Frente Popular, con una intervención militar, el pueblo lo resistió con una fuerza que contuvo a los militares en 24 horas. A esas alturas las

urnas ganadoras eran una banalidad; había empezado una completa revolución social. Por un lado los obreros se fueron a la huelga o empezaron a hacer funcionar las fábricas ellos mismos; los campesinos, por otro lado, desconocieron a los terratenientes y empezaron a cultivar los campos por su cuenta. En un tiempo breve más del 60% de los campos españoles se trabajaban colectivamente, sin terratenientes, jefes, o competencia. La colectivización de las fábricas se dio sobre todo en la provincia de Cataluña, lo que no fue un logro menor. De este modo, después de 75 años de lucha y preparación se había logrado la colectivización, mediante la acción colectiva espontánea de los individuos inspirados en principios libertarios.

Pero ¿qué representa esta colectivización en la actualidad, y cómo funcionó? En general los colectivos anarquistas funcionan en dos niveles: (1) en una democracia participativa a pequeña escala y (2) en una coordinación con control desde abajo a gran escala. En cada nivel objetivo principal era la descentralización y el dar cabida a la iniciativa individual. En las fábricas y en los pueblos, los representantes eran elegidos por consejos que operaban como instancias coordinantes o administrativas. Las decisiones siempre venían de las asambleas con más miembros, a las que todos los trabajadores asistían. Para estar alerta en contra de los peligros de la representación, los representantes eran los mismos trabajadores siempre sujetos al inmediato y periódico reemplazo. Estos consejos o comités eran las bases de la autogestión. A partir de ahí se podían establecer coordinaciones con federaciones autónomas que unían trabajadores y acciones de una fábrica o de un área geográfica. De este modo la distribución y el intercambio de bienes se podía realizar, así como la implementación de programas de

alcance más amplio como el riego, el transporte y las comunicaciones. Una vez más el énfasis del proceso era de abajo hacia arriba. Este equilibrio esquivo entre la individualidad y el colectivo fue logrado de modo más exitoso por la Federación de Campesinos de Levante, que incluía a 900 colectivos, también se dio esto en la Federación de Colectivos de Aragón compuesta por 500 colectivos.

El aspecto más importante de la autogestión sea probablemente, la equiparación de los salarios. Esto se dio de diversas formas, pero frecuentemente a partir de un sistema de «salario familiar». Los salarios se pagaban a cada trabajador en dinero o cupones de acuerdo a las necesidades de él y sus seres dependientes. Se distribuían libremente los bienes en abundancia, mientras otros se obtenían con «dinero».

Los beneficios que produjo esta equiparación de salarios fueron enormes. Después de que se eliminó el que los beneficios se concentraran en unos pocos, los ingresos en dinero se emplearon tanto para modernizar la industria (compra de nueva maquinaria, y mejores condiciones de trabajo) y para desarrollar la agricultura (el riego, las represas, la compra de tractores, etc.). No sólo los mejores productos resultaron más eficientes sino que también los precios eran más bajos. Esto fue así en fábricas de diversos tipos: las textiles, las municiones de metal, el gas, el agua, la electricidad, el pan, la pesca, el transporte municipal, los ferrocarriles, el teléfono, los productos ópticos, las prestaciones de salud, etc. Los trabajadores se beneficiaron con una jornada de trabajo menor, con mejores condiciones de trabajo, el cuidado libre de la salud, el pago para los cesantes, y un nuevo orgullo por su trabajo. La autogestión en-

gendrá la creatividad y el espíritu de ayuda mutua; los trabajadores se comprometieron en producir productos que eran mejores que los producidos en condiciones de explotación. Querían demostrar que el trabajo socialista funcionaba, y que la competencia y el lucro eran innecesarios. En unos meses el nivel de vida había aumentado un 50 a un 100% en muchas zonas de España.

Los logros de los anarquistas españoles fueron más allá de unos niveles de vida alta y una igualdad económica; ellos implicaron la realización de los ideales humanos básicos: la libertad, la creatividad individual y la cooperación colectiva. Los colectivos anarquistas españoles no fracasaron: se los destruyó desde afuera. Aquellos que creían en el estado fuerte (de izquierdas y de derechas) hicieron lo posible por borrarlos fuera de la historia española. El anarquismo triunfante de aproximadamente ocho millones de españoles se comienza, recién ahora, a revelar.

Francia 1968

Es por tu propio bien que haces la revolución.

Daniel y Gabriel Cohn-Bendit

El anarquismo ha jugado un papel importante en la historia francés, pero más que sondear en el pasado, lo que quiero es centrarme en los acontecimientos contemporáneos de mayo y junio de 1968. Estos sucesos de mayo del 68 tienen particular significado porque han demostrado que la huelga general y la toma de las industrias por los trabajadores, así como las universidades por parte de los estudiantes, puede darse en países capitalistas de consumo.

En específico, los hechos ocasionados por los estudiantes y trabajadores de Francia fueron transversales a los límites de clase y tuvo enormes consecuencia para la posibilidad de un cambio revolucionario en una sociedad de post escasez.

El 22 de marzo de 1968 los estudiantes de la Universidad de Nanterre, y entre ellos el anarquista Daniel Cohn-Bendit, hicieron ocupación de los edificios administrativos de sus escuelas reclamando tanto por el fin de la guerra de Vietnam como por el término de su propia opresión como estudiantes. (Sus demandas eran muy similares que las que hacían los estudiantes de la Universidad de Columbia en Berlín). La Universidad había sido clausurada y las manifestaciones se habían extendido a la Sorbona. La SNESP (Unión de profesores secundarios y universitarios) llamó a la huelga y la Unión de Estudiantes, la UNEF, organizó una manifestación para el 6 de mayo. Ese día, los estudiantes y la policía se enfrentaron en el Cuarteto en París; los manifestantes levantaron barricadas en las calles, y muchos de ellos fueron brutalmente golpeados por las descontroladas fuerzas policiales. El día 7 de mayo, había crecido el número de manifestantes hasta 20 o 50 mil personas, que marchaban hacia el Etoile cantando la Internacional. Durante los días siguientes, las confrontaciones entre la policía y los estudiantes se volvieron mucho más violentas y los manifestantes sufrían la furia de la represión policial. Las conversaciones entre las asociaciones de trabajadores y las de estudiantes y profesores (como la UNEF y la FEN) dieron origen a un llamado a huelga indefinida y a manifestaciones. El 13 de mayo alrededor de 600 mil personas, estudiantes, profesores y trabajadores, marcharon por París protestando. El mismo día, los trabajadores de la planta de Aviación Sur en Nantes (la ciudad con la tendencia anarco-

sindicalista más fuerte en Francia) se fueron a huelga. Esto llevó a la huelga general, la más larga de la historia que en la que participaron 10 millones de trabajadores — «profesionales, obreros, intelectuales y jugadores de fútbol— (como señala Murray Bookchin en su libro *El anarquismo en la sociedad post escasez*). Los bancos, el correo, las gasolineras, las tiendas comerciales, todo estaba cerrado; no circulaba el transporte colectivo ni el metro y la basura se acumulaba ya que los recolectores se sumaron a la huelga. La Sorbona está ocupada por estudiantes, profesores y todo el que quisiera ir a participar en las discusiones que ahí tenían lugar, sobre todo aquellos diálogos políticos en los que se cuestionaban las bases de la sociedad capitalista francesa. Por todo París aparecieron afiches y rayados en las murallas: Prohibido prohibir. Por una vida sin horarios. Todo el poder a la imaginación. Más vida y menos consumo. Mayo y junio se convirtieron en un «asalto al orden establecido» y un «festival en las calles» (M. Bookchin). Las antiguas separaciones entre clase media y clase trabajadora se volvieron insignificante en tanto los trabajadores jóvenes y los estudiantes hicieron demandas similares: liberación de todo sistema opresivo y autoritario (la universidad y la fábrica) y el derecho a decidir sobre sus propias vidas.

El pueblo francés estuvo al borde de una revolución total. Una huelga general había paralizado a todo el país, los estudiantes tenían tomadas las universidades y los trabajadores las fábricas. Lo que quedaba por hacer es que los trabajadores hicieran funcionar las fábricas y tomaran acciones y medidas inmediatas para nada menos que la completa autogestión. Desafortunadamente esto no aconteció. La política autoritaria y los métodos burocráticos

calaron hondo en la mayoría de las organizaciones de trabajadores de Francia. Como en España el Partido Comunista trabajo en contra de la acción directa y espontánea de la gente en las calles: la Revolución debe ser dirigida desde arriba. Los líderes de la CGT (la organización de trabajadores comunista) intentaron evitar el contacto entre los estudiantes y los trabajadores, y una unidad entre la izquierda se volvió imposible. Como de Gaulle y la policía incrementaron la violencia, muchos huelguistas aceptaron concesiones limitadas a sus demandas (mejoras económicas, reducciones en la jornada de trabajo, etc.) y volvieron al trabajo. Los estudiantes continuaron con confrontaciones cada vez más sangrientas con la policía, pero el momento ya había pasado. Hacia finales de junio, Francia había regresado a la «normalidad» bajo el mismo el mismo régimen de De Gaulle.

Lo que pasó en Francia en el 68 es esta conectado esencialmente con la Revolución Española del 36; en ambos casos los principios anarquistas no solo se discutieron sino que también se implementaron. El hecho de que los trabajadores franceses no implementaran la autogestión en las fábricas puede ser porque el anarco-sindicalismo en Francia no tenía tanta presencia anterior a 1968 como sí la tuvo en España antes del 36. Por supuesto esta es una simplificación ya que las explicaciones para las revoluciones frustradas pueden ser interminables. Lo que es crucial aquí, una vez más, es el hecho que en verdad ocurrió. Con mayo-junio del 68 se descartó la creencia de que la revolución era imposible en una sociedad capitalista avanzada. Los hijos de los trabajadores de clase media franceses, criados con pasividad, consumismo y/ trabajo enajenante, rechazaban mucho más que el capitalismo. Cuestionaron la

misma autoridad, al demandar el derecho a una existencia con sentido. La razón para la revolución en una sociedad industrial moderna ya no está limitada al hambre y a la escasez material; ellos incorporaron el deseo de la liberación humana de todas las formas de dominación, en el fondo un cambio radical en la «calidad de vida cotidiana» (M. Bookchin). Ellos asumieron la necesidad de una sociedad libertaria.

El anarquismo no puede seguir siendo considerado un anacronismo

Se dice frecuentemente que los anarquistas viven en un mundo de sueños del provenir pero que no perciben lo que pasa en el presente. Sin embargo vemos el presente demasiado bien, en su real apariencia, y eso es lo que nos lleva a portar el hacha en el bosque de los prejuicios que nos acosan.

Pedro Kropotkin

Hay dos razones importantes que explican el fracaso de la revolución en Francia: 1) una preparación teórica inadecuada en la teoría y práctica del anarquismo, y 2) el vasto poder del Estado coronado con el autoritarismo y la burocracia, que cuentan con las potenciales simpatías de los grupos izquierdistas. En España, la revolución estuvo mucho más esparcida y fue más tenaz a causa de su extendida preparación y aun así fue aplastada por un estado fascista y una izquierda autoritaria. Es importante visualizar estos dos factores para extrapolarlos a la situación presente de los EE.UU. No sólo tenemos el parámetro de un estado cuyas fuerzas armadas, su policía, y sus armas nucleares

pueden destruir instantáneamente a toda la humanidad, sino que nos vemos enfrentados a una penetrante reverencia hacia la autoridad y las jerarquías cuya perpetuación se concreta diariamente a través de una pasividad doméstica cultivada por la familia, la escuela, la iglesia y la televisión. Además EE.UU. es un país inmenso con solo una pequeña y esporádica historia de acción anarquista. Puede parecer que no sólo no estamos preparados sino que además estamos mutilados por un estado mucho más poderoso que el de Francia y España juntos. Decir que luchamos en contra de una fuerza superior es una subestimación.

Pero ¿dónde nos conduce el considerar al Enemigo como un gigante despiadado e invencible? Si evitamos paralizarnos por el fatalismo y la futilidad, no puede obligar a redefinir la revolución en un sentido que nos podría centrar en el Anarco feminismo como un dispositivo desde el cual platear la lucha por la liberación humana. Son las mujeres las que tienen las claves para los nuevos conceptos de revolución, las mujeres que encarnan esa revolución no representan la toma del poder o la dominación de un grupo sobre otro bajo ninguna circunstancia y por ningún lapso de tiempo, ya que es la dominación misma la que debe ser abolida. La sobrevivencia del planeta depende de esto. No se les puede seguir permitiendo a los hombres que sólo manipulen el medio ambiente para sus propios intereses, del mismo modo que no se les puede seguir permitiendo que destruyan sistemáticamente todas las razas de la especie humana; en tanto la existencia de la jerarquía y la autoridad amenazan la existencia humana y del planeta. La liberación global y las prácticas libertarias se han vuelto necesarias, no solo como una ensoñación. Debemos producir las condiciones de vida para sobrevivir.

El centrarnos en el Anarco feminismo como el dispositivo revolucionario necesario para nuestra lucha no es negar la inmensa tarea que tenemos delante. Vemos efectivamente «demasiado bien» las causas de nuestra opresión y el inmenso poder del Enemigo. Pero también vemos que el camino para salir de este implacable ciclo histórico de revoluciones incompletas o frustradas, requiere nuevas definiciones y tácticas de nuestra parte; unas que apunten al proceso de «vaciamiento» que describiremos en la sección «Haciendo real la utopía».

Como mujeres estamos bien situadas para participar en este proceso, porque hemos aprendido a ser sutiles, sigilosos, silenciosas, tenaces, agudamente sensibles y expertas en habilidades de comunicación, después de años de trabajo encubierto y clandestino. Por nuestra propia sobrevivencia, hemos aprendido a configurar redes de rebeldía que eran invisibles a los ojos «expertos».

Sabemos cómo luce una bota
vista desde abajo
conocemos la Filosofía de las botas
Invadiremos todo
como maleza silenciosa
Las plantas prisioneras se rebelarán
junto a nosotras
derribaremos las cercas
y las murallas caerán.

No habrá más botas.

Por el momento consumimos basura
y dormimos, mientras esperamos

debajo de tus pies.

Cuando digamos «al ataque»
no oiréis nada
al principio.

El trabajo anarquista no es inexistente en este país. Existe en la mente y las acciones de las mujeres que se preparan (a veces inconscientemente) para la revolución que destruirá la inercia histórica y el proceso mismo de la historia.

El anarquismo y el movimiento de las mujeres

La promoción de la solidaridad entre mujeres, es la única amenaza porque se opone directamente al modelo social y psíquico de jerarquía y dominación...

Mary Daly, Más allá del Dios padre.

En todo el país grupos independientes de mujeres empiezan a funcionar sin las estructuras de liderazgo y otras omnipotestades de los hombres izquierdistas. Se están generando espontánea e independientemente organizaciones similares a las anarquistas de hace años atrás. No es casualidad.

Cathy Levine, La tiranía de la tiranía.

Aunque no me adentré en el papel de las mujeres en España y Francia este se puede resumir en una sola palabra: inalterado. Los hombres anarquistas han sido un poco más benévolos que el resto de los hombres en el papel de someter a la mujer. Por esto la absoluta necesidad de una

revolución anárquica feminista; de otro modo los mismos principios del anarquismo se volverían una hipocresía.

El movimiento actual de mujeres y el análisis feminista radical de la sociedad han contribuido mucho al pensamiento libertario. De hecho tengo la idea que las feministas han sido anarquistas de un modo inconsciente durante años, tanto en la teoría como en la práctica. Ahora requerimos estar conscientes de las conexiones entre el anarquismo y el feminismo y usar esta plataforma para proyectar nuestras ideas y acciones. Necesitamos ser capaces de ver claramente lo que queremos lograr y cómo hacerlo. Para ser más efectivas y para hacer posible el futuro que intuimos debemos darnos cuenta que lo que queremos no es sólo un cambio sino una transformación total.

El feminismo radical es casi puro anarquismo, plantea en sus tesis fundamentales que la familia nuclear es el pilar de todo sistema autoritario. La lección que aprenden los niños desde el padre al profesor pasando por el jefe y Dios es OBEDECER la voz anónima de la Autoridad. Pasar de la niñez a la adultez representa llegar a ser un autómatas incapaz de cuestionar ni de pensar claramente. Llegamos a ser un norteamericano promedio creyendo todo lo que se nos han contado y aceptando violentamente la destrucción de la vida alrededor nuestro.

Las feministas estamos lidiando con un proceso de deterioro mental en el que la actitud dominante hacia el mundo exterior es lo dicho por los hombres y en el que sólo se permiten relaciones sujeto-objeto. Los políticos hombres tradicionales reducen los seres humanos a un plano de meros objetos para dominarlos y manipularlos en función de

«fines» abstractos. Sin embargo las mujeres estamos intentando desarrollar una conciencia del «otro» en todos los planos. Vemos las relaciones sujeto a sujeto no sólo como deseables sino necesarias, (algunas hemos optado por trabajar y amar sólo a mujeres porque así este tipo de relaciones son más asequibles). Estamos trabajando juntas para expandir nuestra empatía y comprensión hacia otros seres vivos e identificarnos con ellos más que objetivarlos y manipularlos. Por eso el respeto por toda vida es un requisito para nuestra supervivencia. La teoría feminista radical también critica los patrones de pensamiento jerárquico de los hombres a través de los cuales la racionalidad domina a la sensualidad, la mente domina a la intuición, además generando que las continuas divisiones y polaridades (activo/pasivo, niño/adulto, sano/insano, trabajo/juego, espontaneidad/organización) nos enajenen de la experiencia mente-cuerpo como una totalidad y un continuo de la experiencia humanan. Las mujeres están intentando liberarse de estas dimensiones para vivir en armonía con el universo como totalidad y para llegar a ser humanos integrales dedicados a la sanación colectiva de nuestras heridas y escisiones individuales.

En la práctica verdadera dentro del Movimiento de Mujeres las feministas han tenido éxitos y fracasos en la abolición de la jerarquía y la dominación. Me parece que las mujeres hablan y actúan, frecuentemente como anarquistas «intuitivas» al plantear que adherimos a o promovemos una negación total de todas las ideas y organizaciones patriarcales. Sin embargo esta adhesión está obstaculizada por las formas poderosas y penetrantes en que el patriarcado se encarna en nuestras mentes y relaciones. Vivir dentro y estar condicionados por una sociedad

autoritaria con frecuencia nos impide hacer esas importantes relaciones entre feminismo y anarquismo. Cuando decimos que estamos combatiendo el patriarcado, no está siempre claro que eso significa combatir toda jerarquía, todo mando, todo gobierno incluso la misma idea de autoridad. Nuestros impulsos hacia el trabajo colectivo y hacia los pequeños grupos sin líderes han sido anarquistas pero en la mayoría de los casos no lo hemos designado con ese nombre. Y esto es importante porque una comprensión del feminismo como anarquismo nos podría catapultar a las mujeres desde un reformismo de soluciones provisionales hacia una confrontación revolucionaria en contra de la esencia de las políticas autoritarias.

Si queremos «hacer caer» el patriarcado, necesitamos hablar de anarquismo para saber qué significa exactamente y usarlo como plataforma para transformarnos a nosotras mismas y a las estructuras de nuestra vida cotidiana. Feminismo no significa poder empresarial femenino ni una mujer presidenta; significa ausencia de poder empresarial y ausencia de presidentes. Las Enmiendas para la Igualdad de Derecho, no transforman la sociedad, sólo les dan a las mujeres el «derecho» de ingresar a una economía jerárquica. Desafiar el sexismo significa desafiar toda jerarquía económica, política y personal; en otras palabras significa una revolución anarco-feminista.

Específicamente ¿cuándo han sido anarquistas las feministas y cuando lo hemos esbozado? Con la segunda oleada del feminismo que surgió en todo el país a finales de los 60, las formas en que las mujeres se organizaron reflejaban frecuentemente una conciencia libertaria no declarada. En la rebelión en contra del juego de poder competitivo

de la jerarquía impersonal y las tácticas de organización de masas de los políticos hombres, las mujeres se dividieron en pequeños grupos concientizadores sin jefaturas que se ocupaban de los asuntos personales de la cotidianidad. Cara a cara intentamos llegar a la causa de nuestra opresión compartiendo nuestras experiencias y percepciones desvalorizadas hasta el momento. Hemos aprendido unas de otras que la política no está «allá afuera» sino en nuestras mentes y cuerpos y entre los individuos. Las relaciones personales pueden oprimirnos, y lo hacen efectivamente, en tanto clase política. Nuestra miseria y las recriminaciones en contra de nosotras mismas eran el resultado directo de la dominación de los hombres en el hogar, en la calle, en el trabajo y en las organizaciones políticas. Así en muchas zonas de los EE.UU. los grupos C-R (Counsciousness Raising: Concientizadores, N. de la T.) se desarrollaron como una (re)acción directa y espontánea en contra del patriarcado. Pero son anarquistas: el énfasis en los pequeños grupos como la unidad básica de organización, la opción por lo personal en lo político, la lucha en contra del autoritarismo y la acción directa espontánea. Pero ¿dónde quedaron los años de preparación que inspiraron las actividades revolucionarias españolas? La estructura de los grupos de mujeres tenía un parecido sorprendente con los grupos de afinidad anarquistas dentro de las organizaciones anarcosindicalistas en España, Francia y muchos otros países. Aunque no nos hayamos proclamado anarquistas, ni nos hayamos organizado conscientemente en torno a los principios anarquistas. En ese tiempo ni siquiera teníamos una red clandestina de comunicaciones ni un intercambio de ideas y capacidades. En el pasado el movimiento de mujeres fue sólo algo más que un puñado de grupos aislados a

tientas en busca de respuestas, pero el anarquismo como ideal no especificado existía en nuestras mentes.

Tengo la creencia de que esto puso a las mujeres en una posición única como portadoras de un substrato anarquista en la conciencia que articulado y concretizado puede llevarnos más lejos que cualquier grupo que haya buscado la revolución total. El anarquismo intuitivo de las mujeres, si se clarifica y pule es un salto hacia delante (o más allá) en la lucha por la liberación humana. La teoría feminista radical proclama que al feminismo como la Revolución Definitiva. Esto es cierto si y sólo si reconocemos y reivindicamos nuestras raíces anarquistas. En el momento en que dejemos de ver la conexión del feminismo con el anarquismo no alcanzaremos la revolución y estaremos entrampadas en la «vieja rutina política de los hombres». Es el momento de dejar de ir a tientas en la oscuridad y ver qué hemos hecho, y hacemos, encaminadas hacia el horizonte del lugar dónde queremos finalmente estar.

Los grupos C-R fueron un buen comienzo, pero a menudo se empantanaron en conversaciones sobre problemas personales y fracasaron en asumir la acción directa y la confrontación política. Los grupos que se organizaron alrededor de asuntos o proyectos específicos a veces encontraron que la «tiranía de la falta de estructuras» podía ser tan destructiva como la «tiranía de la tiranía» (Cathy Levine Tiranía de la Tiranía y Jo Freeman: La tiranía de la falta de estructuras). El fracaso en mezclar la organización con la espontaneidad hizo emerger como líderes a aquellas que tenían más habilidades o carisma personal. Con lo que se provocó resentimiento y frustración en aquellas que se dieron cuenta que estaban en medio de escaramuzas, caza de

brujas y luchas de poder. Con demasiada frecuencia esto terminaba a veces en una total falta de operatividad o bien en asumir la posición de que «lo único que necesitamos es más estructuras» (en el viejo sentido masculino del término).

Pienso que una vez más lo que hizo falta fue un análisis anarquista explícito. La organización no tiene por qué sofocar la espontaneidad ni seguir patrones jerárquicos. Los grupos o proyectos de mujeres que han tenido más éxito son los que han experimentado con estructuras flexibles y variadas: la rotación de tareas y cargos, el compartir todas las habilidades, el acceso igualitario a la información y a las fuentes, el no monopolizar la toma de decisiones y el darse tiempo para las discusiones. Este último elemento estructural es importante porque comprende los esfuerzos continuos de los miembros del grupo para vigilar las escurridizas fuerzas políticas. Si las mujeres se comprometen verbalmente en el trabajo colectivo, esto requiere una verdadera lucha para desaprender la pasividad (para eliminar a las «seguidoras») y para compartir habilidades y conocimientos (para evitar «líderes»). Esto no significa que no podamos inspirarnos en las palabras y en la vida de otros; las acciones con un carácter marcado realizadas por caracteres importantes pueden ser contagiosas, lo que no deja de ser relevante. Pero debemos evitar caer en antiguos patrones de conducta. En el lado positivo las estructuras emergentes del movimiento de mujeres en los últimos años han seguido un patrón anarquista de grupos orientado por pequeños proyectos construyendo una red clandestina de comunicaciones y acciones colectivas en torno a temas concretos. El éxito parcial en evitar líderes/estrellas y la difusión de proyectos pequeños (Centros para víctimas de vio-

laciones, Colectivos de Salud de mujeres) en todo el país ha hecho difícil que una sola persona o un grupo hagan decaer el movimiento de mujeres. El feminismo es un monstruo con muchas cabezas que no se destruye por una decapitación individual. Nos propagamos y crecemos por vías incomprensibles para una mentalidad patriarcal.

De cualquier modo esto no significa subestimar el poder del enemigo. El mayor peligro que esto puede representar es el adoptar una visión limitada y no anarquista del feminismo como mero «cambio social». El considerar el sexismo como un mal erradicable con la participación femenina en los acontecimientos es afianzar la dominación y la opresión, porque el feminismo capitalista es una contradicción de conceptos. Cuando propiciamos asociaciones de mujeres, restaurantes, librerías, etc. tenemos que tener claro que lo hacemos por nuestra propia sobrevivencia, persiguiendo el objetivo de crear un modo de contrarrestar la competencia, el lucro personal y todas las formas económicas opresivas. Debemos comprometernos a «vivir en los límites» (Mary Daly) con valores anti-capitalistas y no-consumistas. No queremos la integración ni un «bocado del pastel» que significara «traspasar el poder de un grupo de chicos a otro grupo de chicos» (Robin Morgan, conferencia en el Boston College, nov. De 1973). Lo que requerimos es nada menos que la revolución total que invente un futuro limpio de injusticias, dominación o atropellos a la diversidad individual, en resumen una revolución anarco-feminista. Creo que las mujeres saben cómo proyectar su camino hacia la liberación humana; sólo necesitamos sacudir de nuestros análisis anarquistas femeninos, los lastres de formas, miradas y conceptos de la política masculina.

¿Cuál es el camino? Realizando la Utopía

«Ah, tu visión es basura romántica, religiosidad sensiblera, idealismo inconsistente». «Haces poesía porque no puedes arreglártelas con la realidad concreta», esto me dice la vocecita en mi espalda. Pero de frente, si estuviera cerca, podríamos dialogar. Y en nuestro diálogo se aclararían las descripciones de lo que puede acontecer y de cómo se pueden resolver las cosas. Lo que de verdad falta en mi visión es lo concreto, los cuerpos humanos reales. Ahí dejaría de ser una mirada inconsistente para ser una realidad encarnada.»

Su Negrin

En vez de sentirnos desalentadas y aisladas deberíamos estar en nuestros pequeños grupos de discusión planificando, creando y problematizando... siempre deberíamos estar comprometiéndonos y generando activismo feminista, porque de este modo nos desarrollaríamos lentamente. En ausencia de este trabajo las mujeres consumen tranquilizantes, se enferman y se suicidan.

Cathy Levine

Aquellas que vivíamos con la excitación de las marchas, las huelgas estudiantiles y las consignas de REVOLUCIÓN, AHORA, de los años 60, podríamos sentirnos desilusionadas y con una actitud cínica frente a cualquier cosa que pase en los 70. Rindiéndonos y aceptando aquello que parece más fácil que encarar las expectativas de décadas de lucha e incluso el fracaso definitivo. Por ello necesitamos una plataforma que nos permita enmarcar el proceso de revolución, ya que sin ella estamos condenados al encierro, a la lucha aislada o a las soluciones individuales. El tipo de plataforma o punto de consenso que proporciona el anarco-

feminismo puede aparecer como un requisito para sostener cualquier intento de alcanzar horizontes utópicos. Si miramos a España y Francia vemos que la verdadera revolución no es «ni un acontecimiento accidental ni una maquinación desde arriba en busca de cuotas de poder» (Sam Dolgoff). Toma años de preparación: intercambiando ideas e informaciones, realizando cambios en la conciencia y en las acciones y creando alternativas económicas y políticas a las estructuras jerárquicas del capitalismo. Requiere que la acción directa espontánea pase de los individuos autónomos a la confrontación política colectiva. Es importante «liberar la mente» y la vida personal, pero no es suficiente, la liberación no es una experiencia solitaria, forma parte de la coordinación con otros seres humanos. No hay una «liberación de mujeres» individual.

Por eso de lo que hablo es de un proceso a largo plazo que implica una serie de acciones para desaprender la pasividad y aprender a controlar nuestras propias vidas. Me refiero a un proceso de «vaciamiento» del sistema actual a través de la creación de alternativas, (concretas) teóricas y prácticas, al estado actual de cosas. La imagen romántica de un grupo pequeño de guerrilleros derrocando al gobierno de los EE.UU. es algo obsoleto (como lo es la política masculina) y además irrelevante dentro de nuestra concepción de la revolución. Seríamos aplastadas si tan solo lo intentáramos. En cambio, como decía un afiche «No queremos derrocar al gobierno, sino generar una situación en la que este desaparezca en la confusión». Eso es lo que pasó (temporalmente) en España y casi pasó en Francia. Es un debate abierto el si es necesaria la resistencia armada; el principio anarquista de «El medio crea el fin» pareciera implicar pacifismo, pero el poder del estado es tan grande

que es difícil descartar totalmente la violencia. (La resistencia armada fue crucial en la Revolución Española y en Francia pudo serlo también). En todo caso el tema del pacifismo puede llevarnos a otra discusión y lo que me interesa aquí es enfatizar la necesidad de una preparación para transformar la sociedad, que incluya una plataforma anarco-feminista, además de paciencia revolucionaria y una activa confrontación continua con las actitudes patriarcales enquistadas.

Hemos estado involucradas muchos años en estas tácticas de preparación pero necesitamos continuar y llevarlas más allá. Las visualizo, básicamente, en tres niveles: 1. Educativo (intercambio de ideas y experiencias); 2. Económico/político; 3. Personal/político.

La «educación» genera aceptación pero no significa «llevar las palabras a las masas», ni la persecución de los individuos para recetarles formas de ser. Me refiero a los métodos con los que hemos compartido nuestras vidas con otros desde la escritura (nuestra red de publicaciones feministas), los grupos de estudio, los programas televisivos y de radio de mujeres, las marchas y el teatro callejero. Los medios de comunicación podrían ofrecer un espacio importante para la comunicación y difusión revolucionaria; basta pensar en cómo nuestras vidas fueron condicionadas por la radio y la T.V. Vistas aisladamente estas cosas pueden parecer ineficaces pero la gente cambia, efectivamente, escribiendo, leyendo, conversando y escuchando a otros, así como también participando activamente en movimientos políticos. Salir a la calle juntos destruye la pasividad y genera un espíritu de esfuerzo colectivo y fuerzas vitales que pueden ayudar a sostenernos y transformarnos. Mi propia

transformación de una niña norteamericana promedio a una anarco-feminista fue el producto de una década de lectura, discusiones e intercambio con muchas personas y políticos de todo el país. Puede que mi experiencia sea única pero en ningún caso es algo extraordinario. En muchos lugares de este país la gente comienza a cuestionar lentamente los condicionamientos que lo llevan a aceptar la pasividad. Dios y el gobierno ya no son las autoridades definitivas que fueron. Esto no quiere decir que minimicemos el poder de la Iglesia y el Estado sino que enfatizamos los cambios aparentemente intrascendentes en las ideas y conductas que cuando se traducen en acciones colectivas constituyen un desafío real al patriarcado.

Las tácticas económico/políticas entran dentro de la acción directa y de la «resuelta ilegalidad» (término de Daniel Guerin). El anarco-sindicalismo plantea tres modos de acción directa: el sabotaje, la huelga y el boicot. El sabotaje es: «La obstrucción al proceso de producción por todos los medios posibles». Cada vez más el sabotaje es practicado por personas influenciadas inconscientemente por los valores del cambio social. Por ejemplo el ausentismo laboral sistemático es practicado tanto por oficinistas como por obreros. La resistencia a los empresarios se practica de un modo sutil lentificando la producción o descaradamente con la transgresión. El hacer el mínimo trabajo y lo más lento posible es una práctica habitual de los trabajadores como lo es el entorpecer el trabajo (a veces como una táctica de sindicato durante una huelga). Archivar mal documentos o perder alguno importante es común en las secretarías; o el permanente cambio de señalizaciones de destino en los trenes durante la huelga de ferrocarriles en Italia, 1967. Las tácticas de sabotaje pueden usarse para

optimizar las huelgas; aunque la huelga sea el arma más importante de los trabajadores ya que siempre existe la posibilidad que una huelga particular llegue a paralizar todo el sistema si se propaga a otras fábricas y se hace general. La revolución social total es entonces el paso siguiente. Por supuesto que la autogestión de los trabajadores (con un sentido claro de cómo llegar a ella y mantenerla) es el objetivo final de la huelga general; de otro modo será una revolución abortada (como en Francia en 1968).

El boicot también puede ser una estrategia importante en una huelga o sindicato, además se puede usar para forzar cambios económicos o sociales. Rehusarse a votar, a pagar impuestos o a participar en la competencia y consumismo capitalistas, son acciones significativas cuando se acompañan de alternativas sin fines de lucro (ollas comunes, colectivos de salud y de ayuda jurídica, ropa reciclada, librerías, escuelas populares, etc...). El consumismo es uno de los bastiones del capitalismo; practicar el boicot no comprando (especialmente aquellos productos no reciclables y los con publicidad ofensiva) es una táctica que tiene el poder de cambiar el «tono de lo cotidiano». Oponerse a votar por pasividad o desencanto es más frecuente que hacerlo por una conciencia política en contra de una pseudo-democracia en la que el poder y el dinero eligen a una elite. No votar puede ser algo más que una aceptación silenciosa, si se participa simultáneamente en la creación de formas verdaderamente democráticas en una red alternativa de grupos de afinidad anarquista.

Esto nos lleva a la tercera táctica la personal/política que está vitalmente conectada con las otras dos. Los grupos de afinidad anarquistas han sido desde hace mucho una

estructura orgánica revolucionaria. En los sindicatos anarco-sindicalistas funcionan cimentando la autogestión. Pueden agruparse temporalmente para una tarea de corto plazo; otros pueden ser más «permanentes» (como alternativa a la profesionalización y a las elites) o incluso pueden ser colectivos orgánicos donde individuos concretos aprenden a relacionarse con otros sin dominación ni posesión. Los grupos de afinidad anarquista son la base potencial en la que podemos construir una nueva sociedad libertaria, no jerárquica. Las formas de vida cambian nuestro pensamiento y nuestra percepción (y viceversa) y cuando los cambios en la conciencia se vuelven cambios en las acciones y las conductas, la revolución ha empezado.

El realizar la Utopía implica muchos niveles de lucha, además de tácticas específicas que se pueden desarrollar y cambiar constantemente, necesitamos la tenacidad política: la fuerza y habilidad para ver más allá del presente un futuro revolucionario y pleno. Para llegar a él necesitamos algo más que fe, nos exige a cada uno una obligación diaria que lo posibilite y acción directa.

La transformación del futuro

La creación de una cultura femenina es un proceso que exige la máxima compenetración porque es la participación de una imagen que se renueva continuamente cada vez que conversamos con un amigo, que realizamos un boicot, que asumimos el manejo de una guardería de niños, que hacemos el amor con una hermana. No se define de otro modo que como un proceso de cambio. La cultura de mujeres nos purifica a todas, nombrando, creando desde una mirada armónica con nosotras mismas, con los otros y con nuestra madre tierra. En los últimos diez años hemos avanzado más

rápido y más cerca que antes hacia el derrocamiento del patriarcado... lo que nos provoca una desbordante esperanza — salvaje, contagiosa, rebelde, loca ¡ESPERANZA!... La esperanza, el triunfo de la vida sobre la muerte, la desesperanza y el sinsentido que veo a mi alrededor— como una sacerdotisa del culto a una IMAGEN DE MUJER...

Laurel: Hacia una imagen de mujer.

Antes pensaba que si la revolución no era mañana nos dominaría un sino catastrófico (o por lo menos catatónico). Ya no creo en un «antes y después de la revolución» y pienso que de este modo nos hemos librado del fracaso y la desesperación. Creo realmente que lo que necesitamos absolutamente para continuar luchando (en contra de la opresión cotidiana) es ESPERANZA, con la imagen de un futuro hermoso y poderoso que nos impulse firmemente hacia una creación desde abajo de un mundo interno y externo habitable y auto realizado (por auto realizado comprendo no sólo necesidades primarias como el alimento, vestuario, cobijo, etc. sino también necesidades psicológicas, por ejemplo un ambiente no opresivo que acoja la libre elección de alternativas posibles, específicas y concretas). Yo creo que la esperanza existe, así como está presente en la «imagen de mujer» de Laurel, en la «valentía existencial» de Mary Daly y en el anarco-feminismo. Voces distintas que describen el mismo sueño ya que «sólo el sueño puede romper las piedras que bloquean nuestras bocas» (Marge Piercy: «La provocación del sueño»). Mientras hablamos cambiamos y si cambiamos nos transformamos simultáneamente a nosotras mismas y al futuro.

Es cierto que no hay solución, individual o de otro tipo, en nuestra sociedad (Fran Taylor: «Un discurso deprimen-

te sobre el romance, La solución Individual y Desgracias conectadas). Pero si somos capaces de contrarrestar esta deprimente verdad con una conciencia de la radical transformación que hemos experimentado —en nuestra mente y en nuestras vidas— tal vez tengamos el valor de hacer posible el SUEÑO. Obviamente que no es fácil enfrentar la opresión cotidiana y mantener la esperanza; pero es nuestra única opción. Si dejamos la esperanza (la habilidad de hacer las conexiones y proyectar el futuro) habremos perdido. La esperanza es la herramienta revolucionaria más poderosa de la mujer; es lo que nos proporcionamos unas a otras cada vez que compartimos nuestras vidas, nuestro trabajo y nuestro amor. Nos impulsa a salirnos de la auto-flagelación, la culpa y el fatalismo que nos mantiene cautivas en celdas separadas. Si nos rendimos ante la depresión y la desesperación ahora aceptaremos la inevitabilidad de las políticas autoritarias y la dominación patriarcal («La desesperación es la peor traición, la seducción más fría; es creer que finalmente el enemigo triunfará» Marge Piercy «Derribando la torre»). No debemos permitir que nuestra pena y rabia se vuelva desesperanza o miopes «soluciones» a media. Nada de lo que hagamos es suficiente, sin embargo esos «pequeños cambios» en nuestras mentes, nuestras vidas, las vidas de los otros, no son totalmente inútiles y fútiles. Toma mucho tiempo hacer la revolución: es algo que uno proyecta y a la vez vive desde ahora. La transformación del futuro no será instantánea, pero puede ser total una unidad de pensamiento y acción, individualidad y colectividad, espontaneidad y organización, experimentando desde lo que es a lo que puede llegar a ser.

El anarquismo proporciona la plataforma de esta transformación. Es una imagen, un sueño, una posibilidad que

se vuelve «real» si la vivenciamos. El feminismo es la conexión que enlaza al anarquismo con el futuro. Cuando vemos, de una vez, clara la conexión, cuando nos aferramos a esa imagen, cuando nos resistimos a que se nos quite la esperanza, estaremos cruzando el límite, de la nada a aquello que hoy apenas esbozamos. Hemos llevado dentro de nuestros cuerpos de mujer durante siglos esta imagen de mujer que es el anarco-feminismo. «Será una lucha continua en cada una de nosotras el parir esta imagen» (Laurel), pero debemos hacerlo. Debemos «conducir nuestra rabia como elefantes en batalla»:

Somos sonámbulas atormentadas por pesadillas,
encerramos nuestra imagen en cuartos sellados, renunciando,
sólo cuando quebrems el espejo y recuperemos nuestra imagen,
sólo cuando seamos el viento que fluye y canta,
sólo en nuestros sueños los huesos pueden ser lanzas,
porque somos reales
y estamos despiertas.

Kathleen O'Kelly

Feminismo y Anarquismo (1993)*

La postura conservadora sobre la mujer pretende que la división sexual del trabajo es "natural" y que el rol que asume la mujer como esposa, madre y ama de casa es algo biológicamente dado. Ellos creen, siguiendo a Freud, que la "Anatomía es el destino".

Yo voy a revisar el pensamiento que han desarrollado las diferentes tradiciones políticas para criticar esta visión del rol de la mujer en la sociedad. En sentido amplio hay cuatro teorías: El Feminismo Liberal, el Marxismo Tradicional, el Feminismo Radical y el Feminismo Socialista. Los voy a presentar en el orden histórico en que aparecieron, aunque estén aún presentes en la política de hoy en día.

EL FEMINISMO LIBERAL

Esta tradición proviene de la filosofía liberal para la cual todos deberíamos tener iguales oportunidades.

Las feministas liberales argumentan que es necesario cambiar las leyes que impiden a las mujeres el acceso igualitario a la educación, al trabajo y el parlamento. Pero esto es en vistas a la competencia al interior del sistema; con la

* Charla dada por Kathleen O'Kelly (de Irlanda) a la WSM (Workers Solidarity Movement). Tomado de [Mujeres Creativas](#).

creencia que si se derogan estas leyes anticuadas, las mujeres llegaran a ser iguales a los hombres.

Las campañas sufragistas por el voto son un ejemplo del feminismo liberal en acción. Las campañas a favor de la mayor participación de las mujeres en el parlamento, más mujeres jueces y más mujeres jefas, se inscriben en esta tradición.

EL MARXISMO TRADICIONAL

La siguiente teoría que criticó la posición de la mujer en la sociedad fue el Marxismo; critica a los liberales por no reconocer la opresión económica de la mujer.

Argumenta que intentar la igualdad en un sistema de clases es imposible; para ellos la opresión de las mujeres es un síntoma de una forma de opresión mucho más básica: el sistema capitalista de organización social.

A partir de allí, la liberación de la mujer sólo podría ser alcanzada en una sociedad sin clases ya que en una economía capitalista la discriminación no puede ser absolutamente eliminada; tanto el contingente de potenciales trabajadores desempleados como los bajos salarios son necesarios para las grandes ganancias del capitalista.

Argumentan que las mujeres deben formar parte de la clase trabajadora para, en conjunto con los hombres, derribar la dominación de clases.

El problema con el Marxismo tradicional fue que no se refirió a la opresión de la mujer en la vida privada, por

ejemplo el trabajo doméstico, la crianza de los hijos y la violencia doméstica.

En los países en los que la política Marxista se puso en práctica, como Rusia y Cuba, el rol de las mujeres en el campo laboral cambió pero no lo hizo el rol dentro del hogar. Esto significó para la mayoría de las mujeres el tener una doble carga: una en el trabajo y la otra en el hogar.

FEMINISMO RADICAL

El feminismo radical se desarrolló a finales de los 60 y principios de los 70 como una reacción a la falta de análisis de género dentro de la tradición Marxista. Aunque también se desarrolló a partir de que los logros de las feministas liberales en las áreas de las leyes, el voto y el empleo, no significaban un cambio en la opresión de las mujeres.

Las feministas radicales argumentan que es la institución social del género, y no el sistema económico, el origen de la opresión de las mujeres. En otras palabras la causa es el patriarcado, no el capitalismo.

Plantean que hay que mirar todas las relaciones que determinan la subordinación de las mujeres, antes que centrarnos en el aspecto de las mujeres como trabajadoras. Las feministas radicales fueron las que inventaron la frase: "lo personal es política", y fueron las primeras en centrar la atención en la opresión al interior del hogar.

Ellas creen que todos los hombres se benefician con la opresión de las mujeres y no creen que pueda ser abolida en una sociedad de clases.

La heterosexualidad es vista como una construcción sexual y una forma de dominación necesaria para mantener el patriarcado.

Defienden el lesbianismo como el único camino para desarrollar plenamente la sexualidad femenina sin que medien relaciones de poder.

Políticamente esto conduce a una posición separatista, que se traduce en que las mujeres deben luchar juntas y separadas de los hombres, en contra de los hombres para terminar con la opresión. Esta filosofía es representada por escritoras como Andrea Dworkin y Catherine McKinnon y en campañas como las de la Comunidad de Greenham.

Como podrán imaginar esta filosofía ha provocado fuertes reacciones de distintos sectores pero yo quisiera enfocarme en el problema que esta teoría tiene para los Anarquistas.

En primer lugar, no hay análisis de clase; frente a lo cual las feministas radicales argumentan que todas las mujeres comparten la misma opresión. Aunque las leyes de mujeres como Margaret Thatcher o Benazir Bhutto opriman a las mujeres, las feministas radicales plantean que es porque ellas han entrado en el "sistema de valores masculinos" y han olvidado a sus hermanas. Agregarían que Margaret Thatcher tiene más en común con las mujeres oprimidas que con la clase dominante masculina, ¡lo único, es que no se ha dado cuenta!

En segundo lugar, su teoría no contempla la movilidad que permita explicar el cambio social. Mientras el materialismo histórico de las socialistas explica el cambio social, las feministas no tienen una teoría correspondiente.

En tercer y último término esta teoría nos remite a una visión conservadora con la noción de determinismo biológico, ellas plantean que hay diferencias esenciales entre los sexos. Los hombres son vistos como "naturalmente" opresivos y las mujeres son vistas como "naturalmente" mejores que los hombres. Esto no es muy alentador para el desarrollo humano en general.

EL FEMINISMO SOCIALISTA

El feminismo socialista ha intentado mediar con estos problemas uniendo las mejores partes del feminismo radical con un análisis de clase sobre la opresión de las mujeres.

Esta teoría plantea que tanto la sociedad de clases como la institución del género deben ser eliminadas para que las mujeres determinen libremente las condiciones de sus propias vidas.

La opresión es el resultado de la interacción entre el patriarcado y el capitalismo.

Rechazan la dicotomía entre el hogar y el trabajo y enfatizan el papel que juegan las labores domésticas en el mantenimiento de la explotación de una sociedad de clases.

Las feministas socialistas trabajan en sindicatos o en partidos de izquierda.

¿Funciona esta unión entre el Marxismo y el feminismo?

El problema es que el capitalismo nos remite a un sistema económico y el patriarcado nos remite a un sistema cultural. Las socialistas creen que el sistema cultural y sus manifestaciones como el sexismo y el racismo son producto del sistema económico capitalista. Yo pienso que es difícil argumentar que el capitalismo y el patriarcado funcionan en un mismo nivel.

CONCLUSIÓN

Es importante entender estas teorías feministas por numerosas razones.

En primer lugar nos ayudan a entender las tácticas adoptadas por distintos grupos en torno a los temas de la mujer; por ejemplo, durante el Plebiscito sobre el Aborto, había grupos con distintas posiciones.

La campaña de anulación de la octava enmienda, enfatizada por los medios de comunicación y el lobby político, procedía de una perspectiva liberal. Aquellas que pretendían modificaciones en el tratado eran de tendencia Marxista, tradicional. La Coalición de las Mujeres, como organización aparte de los hombres, tenía una perspectiva radical. La DAIC era la que estaba más cerca de una posición Feminista- socialista.

En segundo lugar, el entender estas teorías nos ayuda a reconocer los distintos argumentos que esgrimen las feministas; del mismo modo que es necesario entender el concepto de socialismo cuando se debate con otros socialistas, el entender las diferencias dentro del feminismo nos ayuda a plantear un debate adecuado y determinar las verdaderas diferencias en nuestros planteamientos políticos.

En tercer lugar, el entender las teorías feministas nos ayuda en la creación de nuestra propia política en el área de la opresión de la mujer. El análisis de las feministas radicales sobre el trabajo doméstico de la mujer ha sido una contribución importante a todo el debate sobre la igualdad entre los sexos. El postulado anarquista sobre la libertad personal nos ayuda a incorporar este tema, muchas veces descuidado, en nuestros planteamientos políticos. Como anarquistas estamos en contra de la opresión sobre la mujer en el hogar, en el trabajo y en el Estado.

Deirdre Hogan

**Anarco-Feminismo: pensando en anarquismo
(2004)***

Un principio importante del anarquismo y el que más lo diferencia de cualquiera de los otros tipos de socialismo es el énfasis en la libertad y en las relaciones sociales no-jerárquicas. Es vital en el anarquismo el rechazo de cualquier jerarquía de poder entre hombres y mujeres. Los anarquistas creen que la libertad de uno está basada en la libertad de todos, entonces no puede existir sociedad anarquista sin la extinción de todas las estructuras de dominación y explotación, incluyendo naturalmente la opresión a la mujer. Como anarquistas creemos que los medios determinan el fin. Esto quiere decir que no esperamos una revolución futura para resolver los problemas del sexismo, sino que vemos que es importante luchar en contra de él aquí y ahora. Como anarquistas nos esforzamos para asegurar que ambas, nuestras propias organizaciones y también aquellas campañas en las que estamos involucrados, estén libres de sexismo y jerarquías de poder y que todos los miembros tengan igual poder de decisión y acción.

* *Workers Solidarity*, 79. Tomado de la [Biblioteca Anarquista](#).

Reconocemos que la participación total de las mujeres en el movimiento anarquista y las luchas sociales de hoy es muy importante. Para formar la sociedad del futuro las mujeres deben estar involucradas en su creación y, por supuesto, sin la participación de la mitad de la población no habrá revolución social. Tal como creemos que la emancipación de la clase trabajadora es tarea de la clase trabajadora, también vemos que, esencialmente, el desarrollo, libertad e independencia de las mujeres debe venir de sí mismas. Involucrándose en la lucha política como un acto de fortalecimiento. Muchas mujeres en la sociedad de hoy no creen que puedan tener un rol fundamental para cambiar las cosas. Sin embargo, involucrándose, siendo parte —agitando, educando y organizando— nosotras comenzaremos a tener control de nuestras propias vidas en el proceso activo de luchar para cambiar la injusta sociedad en la cual vivimos.

Sólo en una sociedad anarquista manda la base para que la opresión de la mujer cese de existir. Esto es porque las mujeres, debido a su rol reproductivo, siempre serán más vulnerables que los hombres en la sociedad capitalista, la que está basada en la necesidad de aumentar ganancias. Los derechos de aborto, la licencia de maternidad pagada, facilidades de sala cuna y cuidado infantil, etc., en resumen todo lo que sería necesario para asegurar la igualdad económica de las mujeres bajo el capitalismo, siempre será especialmente relevante para las mujeres. Por esto, en general las mujeres son vistas como menos económicas que los hombres para emplearlas y más susceptibles a ataques a las ganancias como son las facilidades en salas cunas, etc.

Asimismo, las mujeres no pueden ser libres hasta que tengan control total sobre sus propios cuerpos. Aún bajo el capitalismo, los derechos de aborto nunca están garantizados. Incluso si se logran avances en esta área ellas pueden ser atacadas, como sucede con los derechos de aborto en los EE.UU. La opresión de las mujeres bajo el capitalismo tiene así un fundamento económico y sexual. De estas raíces, causas de la opresión femenina, surgen otras formas de opresión tales como, por ejemplo, la opresión ideológica de la mujer, la violencia en contra de la mujer, etc. Esto no quiere decir que las ideas sexistas simplemente desaparecerán con el fin del capitalismo, sino que sólo con el fin del capitalismo podemos librar a la sociedad de un prejuicio institucional que continúa propagando y fomentando el sexismo.

Ya que una sociedad anarquista no será conducida por el lucro, entonces, por ejemplo, no habrá sanción económica por tener hijos o por querer pasar más tiempo con ellos. El cuidado de los niños, los quehaceres domésticos, etc., pueden ser vistos como la responsabilidad de toda la sociedad y así dar a las mujeres y a los hombres más opciones en general.

Anarquismo/Anarcofeminismo[†] conectan la lucha contra la explotación de clase y la opresión a la mujer. La libertad verdadera, para mujeres y hombres, sólo puede llegar en una sociedad sin clases, donde los lugares de trabajo son auto-gestionados, la propiedad privada es abolida y la gente que toma decisiones es la gente afectada por ellas.

[†] Anarquismo y anarcofeminismo son lo mismo, el segundo sólo enfatiza el feminismo que hay en el primero.

Claramente la lucha por la libertad de las mujeres requiere una lucha de clases por parte de los trabajadores/as. Y al revés, la guerra entre clases solo puede generar frutos si al mismo tiempo se desarrolla una lucha por la liberar a la mujer de la opresión.

Feminismo, clase y anarquismo (2007)*

La relación entre sociedad de clases y capitalismo

La característica que define a la sociedad capitalista es que está mayoritariamente dividida en dos clases fundamentales: la clase capitalista (la burguesía), hecha de dueños de grandes negocios, y la clase trabajadora (el proletariado), que consiste en más o menos todos los demás —la gran mayoría de la gente que trabaja por un salario. Hay, por supuesto, toda una gama de grises dentro de esta definición de sociedad de clases, y la clase trabajadora en sí misma no está hecha de un grupo homogéneo de personas, pero incluye, por ejemplo, trabajadores sin especialización así como la mayoría de lo que comúnmente se denomina la clase media, y puede haber, por ende grandes diferencias en ingresos y oportunidades para diferentes sectores de la clase trabajadora definida ampliamente.

“Clase media” es un término problemático ya que, aunque se usa frecuentemente, rara vez queda claro a quién se refiere exactamente. Usualmente “clase media” se refiere a trabajadores tales como profesionales independientes, pequeños dueños de negocios y administrativos bajos y medios. Sin embargo, estas capas medias no son realmente una clase independiente, ellas no son independientes del proceso de explotación y de la acumulación de capital que constituye al capitalismo. En general están en los límites de

* Publicado originalmente en RAG n°2, otoño del 2007. Tomado de Anarkismo.net.

una de las dos clases principales, la clase capitalista y la trabajadora.[†]

Lo importante de analizar la sociedad como compuesta de dos clases fundamentales es entender que la relación económica entre estas dos clases, los grandes dueños de negocios y las personas que trabajan para ellos, se basa en la explotación y por ende estas dos clases tienen intereses materiales fundamentalmente opuestos.

El capitalismo y los negocios son, por naturaleza, movidos por la ganancia. El trabajo que un empleado realiza crea riqueza. Algo de esta riqueza se le da al empleado en su paquete salarial, el resto se lo queda el jefe, sumándose a sus ganancias (si los empleados no diesen ganancia no los emplearían). De esta manera, el dueño del negocio explota a sus empleados y acumula capital. Es parte del interés del dueño del negocio maximizar sus ganancias y mantener los costos de los salarios bajos; es del interés de los empleados maximizar su paga y mejorar las condiciones laborales. Este conflicto de intereses y la explotación de una clase por otra clase minoritaria, es inherente a la sociedad capitalista. Los anarquistas tienen como finalidad abolir el sistema capitalista de clases y crear una sociedad sin clases.

La relación entre sexismo y capitalismo

El sexismo es una fuente de injusticia que difiere del tipo de explotación de clase mencionado más arriba de varias maneras. La mayoría de las mujeres viven y trabajan con hombres al menos parte de su vida; ellas tienen rela-

[†] Esta descripción de la clase media se toma prestada de Wayne Price.

ciones cercanas con hombres tales como su padre, hijo, hermano, amante, compañero, esposo o amigo. Mujeres y hombres no tienen intereses opuestos de una manera inherente; nosotras no queremos abolir los sexos sino abolir la jerarquía de poder que existe entre los sexos y crear una sociedad donde las mujeres y los hombres puedan vivir libremente y juntos en igualdad.

La sociedad capitalista depende de la explotación de clase. No depende sin embargo del sexismo y podría en teoría acomodarse en gran medida a un tratamiento similar de mujeres y hombres. Esto es obvio si miramos lo que la lucha por la liberación femenina logró en varias sociedades alrededor del mundo en los últimos, digamos, 100 años; en los que hubo mejoras radicales en la situación de mujeres y los supuestos que subyacían sobre qué roles son naturales y están bien para la mujer. El capitalismo, con el paso del tiempo, se ha adaptado al rol y status cambiante de la mujer en la sociedad.

El final del sexismo por ende no llevará necesariamente al final del capitalismo. De la misma manera, el sexismo puede continuar incluso después del capitalismo habiendo sido abolida la sociedad de clases. El sexismo es posiblemente la forma de opresión más temprana que existió, no sólo precede al capitalismo; sino que hay evidencia que el sexismo también precedió a formas más tempranas de la sociedad de clases.[‡] A medida que las sociedades se han desarrollado la exacta naturaleza de la opresión a las muje-

[‡] Ver por ejemplo los artículos en *Toward an Anthropology of Women*, editados por Rayna R. Reiter.

res, la forma particular que esta toma, ha cambiado. Bajo el capitalismo la opresión de las mujeres tiene sus caracteres propios y particulares donde el sistema ha tomado ventaja de la histórica opresión de la mujer para maximizar sus ganancias.

¿Pero, qué tan realista es el fin de la opresión a la mujer bajo el capitalismo? Hay muchas formas en las que las mujeres son oprimidas como sexo en la sociedad actual — económicamente, ideológicamente, físicamente, etc.— y es probable que continúen las luchas feministas que llevarán a nuevas mejoras en la condición de la mujer. Sin embargo, aunque es posible ver que con la lucha varios aspectos del sexismo van perdiendo fuerza, hay aspectos del capitalismo que hacen muy poco probable la total igualdad económica de mujeres y hombres en el capitalismo. Esto es porque el capitalismo se basa en la necesidad de maximizar sus ganancias en un sistema tal que las mujeres estén en una desventaja natural.

En la sociedad capitalista, la habilidad de dar a luz es un defecto. El rol biológico de la mujer implica que (si tienen hijos) tendrán que tomarse al menos alguna licencia con goce de sueldo en su trabajo. Su rol biológico también las hace en última instancia responsable por cualquier chico que traigan al mundo. En consecuencia, la licencia paga por maternidad, permiso para uno de los padres, licencia de padres, licencia para encargarse de hijos enfermos, guarderías gratuitas y servicios para la atención infantil, etc., serán siempre especialmente relevantes a las mujeres. Por esta razón las mujeres son económicamente más vulnerables que los hombres en el capitalismo: ataques a las ganancias como guarderías, permisos a un padre, etc. afecta-

rán siempre desproporcionadamente más a la mujer que al hombre. Y sin embargo sin plena igualdad económica es difícil verle un fin a las desiguales relaciones de poder entre mujeres y hombres y la ideología asociada al sexismo. Entonces, aunque podemos decir que el capitalismo podría acomodarse a la igualdad del hombre y la mujer, la realidad es que la realización total de esta igualdad será muy poco probablemente lograda en el capitalismo. Esto es simplemente porque hay una penalización económica relacionada a la biología de la mujer, que hace que la sociedad capitalista, movida por la ganancia, sea inherentemente parcial contra la mujer.

La lucha por la emancipación femenina en los movimientos de la clase trabajadora

Uno de los mejores ejemplos de cómo la lucha por el cambio puede acarrear cambios reales y duraderos en la sociedad es la gran mejora en el status de la mujer, sus derechos y calidad de vida; todos logros que la lucha por la liberación femenina ha alcanzado en varios países alrededor del mundo. Sin esta lucha (que yo llamaré feminismo a pesar de que no todos y todas las que lucharon contra la subordinación femenina se habrían identificado como feministas), las mujeres claramente no habríamos logrado los gigantescos avances que hemos tenido.

Históricamente, la lucha por la emancipación femenina fue evidente dentro del movimiento anarquista y otros movimientos socialistas. Sin embargo, como un todo estos movimientos tendieron a tener una relación de alguna ma-

nera ambigua con la liberación femenina y otras luchas feministas más amplias.

Aunque siempre ha sido central al anarquismo el énfasis en la abolición todas las jerarquías de poder, el anarquismo tiene sus raíces en la lucha de clases, en la lucha para derrotar al capitalismo, con su aspiración finalista de crear una sociedad sin clases. Como la opresión de las mujeres no está tan íntimamente atada al capitalismo como lucha de clase, la liberación de las mujeres ha sido históricamente y en gran medida continúa siendo vista como un objetivo secundario en la creación de una sociedad sin clases, no tan importante o tan fundamental como la lucha de clases.

¿Pero a quién no le es importante el feminismo? De seguro para la mayoría de las mujeres en los movimientos socialistas la suposición que una transformación profunda en las relaciones de poder entre mujeres y hombres era parte del socialismo era vital. De todas maneras, tendía a haber más hombres que mujeres activos en los círculos socialistas y los hombres jugaron un rol dominante. Las demandas de las mujeres fueron marginadas por la primacía de la clase y también porque mientras los temas que afectan a los trabajadores también afectan a las trabajadoras de manera similar, lo mismo no era cierto para las temáticas particulares de la opresión de la mujer como sexo. La igualdad social y económica de la mujer era a veces vista como algo que entraba en conflicto con el interés material y las comodidades del hombre. La igualdad de las mujeres requería profundos cambios en la división de tareas tanto en el hogar y el trabajo como cambios en todo el sistema social de autoridad masculina. Para lograr la igualdad de

las mujeres una reevaluación de la propia identidad debería también hacerse en la que la “identidad masculina” no pudiera ya depender de ser visto como más fuerte o más capaz que la mujer.

Las mujeres tendían hacer la conexión entre la emancipación política y personal, con esperanzas que el socialismo produciría una mujer nueva y un hombre nuevo al democratizar todos los aspectos de las relaciones humanas. De todas maneras, encontraron muy difícil, por ejemplo, convencer a sus propios compañeros que la desigual división del trabajo en el hogar era un tema político importante. En las palabras de Hannah Mitchell, activa socialista y feminista de principios del siglo XX en Inglaterra, sobre su doble turno de trabajo afuera y adentro del hogar:

“Incluso mi descanso dominical se fue ya que pronto descubrí que gran parte del discurso socialista sobre la libertad era sólo discurso y que estos jóvenes hombres socialistas esperaban cenas de domingo y té con grandes tortas caseras, patés de carne y pasteles exactamente como sus compañeros reaccionarios”.[§]

Las mujeres anarquistas en España en la época de la revolución social en 1936 tenían quejas similares al encontrar que la igualdad hombre-mujer no se llevaba bien con las relaciones personales íntimas. Martha Ackelsberg anota en su libro *Mujeres Libres de España* que aunque la igualdad de las mujeres y hombres fue adoptada oficialmente por los movimientos anarquistas españoles tan temprano como en 1872:

[§] Hannah Mitchell, cita tomada de *Women in Movement* (p. 135) por Sheila Rowbotham.

“Virtualmente todas mis informantes se lamentaban de que, sin importar cuán militantes fueran en las calles, hasta los anarquistas más comprometidos esperaban ser “amos” en sus hogares —una queja que hizo eco en muchos artículos escritos en diarios del movimiento y revistas durante este período”.

El sexismo también ocurría en la esfera pública, donde, por ejemplo, las militantes mujeres a veces encontraban que no eran tratadas seriamente ni con respecto por sus camaradas hombres. Las mujeres también enfrentaban problemas en su lucha por la igualdad dentro del movimiento sindical en el siglo XIX y XX, cuando la situación desigual de hombres y mujeres en el trabajo pago era un tema incómodo. Los hombres en los sindicatos argumentaban que las mujeres rebajaban los salarios de los trabajadores organizados y algunos creían que la solución era excluir completamente a las mujeres del trabajo y elevar el salario masculino para que los hombres pudieran mantener a sus familias. A mediados del siglo XIX en Gran Bretaña un sastre resumió los efectos del trabajo femenino como sigue:

“Cuando comencé por primera vez a trabajar en esta rama [cortado de chalecos], había muy pocas sastres empleadas en la misma. Unos pocos chalecos blancos se les daban bajo la idea de que las mujeres los harían más limpiamente que los hombres...Pero desde el aumento de los sistemas de vapor, amos y capataces han buscado por todas partes por manos que pudieran hacer el trabajo por menos que el promedio. Entonces se hizo a la esposa competir con el esposo, y a la hija con la esposa... Si el hombre no va a

reducir el precio de su trabajo a aquel de una mujer, deberá permanecer desempleado”.**

La política de excluir a las mujeres de ciertos sindicatos a menudo quedaba determinada por la competencia de bajar los salarios más que la ideología sexista, aunque la ideología también jugó un rol. En la industria del tabaco en los comienzos del siglo XX en Tampa en los EEUU, por ejemplo, un sindicato anarcosindicalista, La Resistencia, formado más que nada por emigrados cubanos, buscó organizar a todos los trabajadores a lo largo y ancho de la ciudad. Más de la cuarta parte de sus miembros eran mujeres que deshojaban el tabaco. El sindicato fue denunciado como antimasculino y antiamericano por otro sindicato, la Unión Industrial de Fabricantes de Cigarros que perseguía estrategias exclusivistas y que “muy renuenteemente organizaba a las trabajadoras en una sección separada y secundaria del sindicato”.††

La fuerza motriz de la liberación de la mujer fue el feminismo

Está en general bien documentado que la lucha por la emancipación de la mujer no ha sido siempre apoyada y que históricamente las mujeres han enfrentado el sexismo dentro de las organizaciones para la lucha de clase. Los logros incuestionables en la libertad de la mujer que se alcanzaron son gracias a aquellas mujeres y hombres, dentro de las organizaciones de lucha de clase así como sin éstas,

** Cita tomada de *Women and the Politics of Class* (p. 24) por Johanna Brenner.

†† *Ibíd.* (p. 93).

que desafiaron al sexismo y pelearon por mejoras en las condiciones de la mujer. Es el movimiento feminista en todas sus variantes (clase media, clase trabajadora, socialista, anarquista...) que ha liderado el camino en la liberación femenina y no movimientos focalizados en la lucha de clase. Yo hago énfasis en este punto porque aunque hoy el movimiento anarquista como un todo sí apoya un fin a la opresión de la mujer, aún permanece una desconfianza hacia el feminismo, con anarquistas y otros socialistas a veces tomando distancia de éste porque a menudo carece de un análisis de clase. Y sin embargo es al mismísimo feminismo al que debemos agradecer por cada avance real que las mujeres han hecho.

¿Qué tan relevante es la clase cuando se trata de sexismo?

¿Cuáles son las aproximaciones comunes al feminismo por los anarquistas que levantan la lucha de clases hoy? En un extremo de reacción contra el feminismo tenemos el punto de vista absolutamente reduccionista a la clase: Sólo importa la clase. Este punto de vista dogmático tiende a ver al feminismo como divisionista (¿de seguro que el sexismo no es más divisionista que el feminismo?) y una distracción de la lucha de clases y se agarra de que cualquier sexismo que de hecho existe va a desaparecer automáticamente con el fin del capitalismo y la sociedad de clases.

Sin embargo, un enfoque más común desde el anarquismo al feminismo es la aceptación de que el sexismo sí existe, no va a extinguirse automáticamente con el fin del

capitalismo y se necesita luchar contra él aquí y ahora. Aun así, como se mencionó antes, a las anarquistas les cuesta dolores separarse ellas mismas del feminismo “convencional” por su falta de análisis de clase. En su lugar, se acentúa que la experiencia del sexismo es diferente en cada clase y que por ende la opresión de las mujeres es un tema de clase. Es muy cierto que la riqueza mitiga en cierta medida el efecto del sexismo: Es menos difícil, por ejemplo, obtener un aborto si no tenéis que preocuparte sobre cómo juntar el dinero para el viaje al exterior; temas sobre quién hace la mayor parte del trabajo doméstico y el cuidado de los niños se vuelven menos importantes si puedes pagar a alguien más para que ayude. También, dependiendo de tu trasfondo socioeconómico tendrás diferentes prioridades.

De todas maneras, en este constante acento sobre como la experiencia del sexismo está diferenciada por clase, los anarquistas parecen pasar por alto o ignorar algo que también es cierto: que la experiencia de clase está diferenciada por sexo. El problema, la injusticia, del sexismo es que hay relaciones desiguales entre mujeres y hombres dentro de la clase trabajadora y de hecho en toda la sociedad. Las mujeres siempre están en desventaja respecto a los hombres de su propia clase.

En mayor o menor medida el sexismo afecta a las mujeres de todas las clases; sin embargo un análisis feminista que no enfatice la clase es a menudo objeto de crítica. ¿Pero es relevante la clase para todos los aspectos del sexismo? ¿Cómo es relevante por ejemplo la clase en la violencia sexual? La clase de seguro que no siempre es el punto más importante en todos los casos. A veces hay una insistencia en tomar un análisis de clases para todas las posiciones

feministas como si se necesitara darle credibilidad al feminismo, para validarlo como una lucha que valga la pena para los anarquistas que levantan la lucha de clases. Pero esta instancia pasa por alto lo central que es, de seguro, que estamos contra el sexismo, ¿en todas sus formas a cualquiera que afecte?

Si una persona es golpeada a muerte en un ataque racista, ¿necesitamos saber la clase de la víctima antes de expresar rabia? ¿No nos concierne el racismo si resulta que la víctima es un miembro bien pago de la clase dominante? De manera similar, ¿si alguien es discriminado en el trabajo por su raza, sexo o sexualidad, sea esa persona personal de limpieza o un profesor de la universidad, de seguro en ambos casos está mal y está mal por las mismas razones? Claramente, la liberación de la mujer es, por propio derecho, algo por lo que vale la pena luchar como, en general, la opresión y la injusticia son cosas contra las que vale la pena luchar, no importa la clase del oprimido.

¿Mujeres y hombres del mundo unidos contra el sexismo?

Dado que una cosa que las mujeres tienen en común a través de las clases y las culturas es la opresión, hasta cierto punto, ¿podemos nosotras como sexo llamar a las mujeres (y hombres) del mundo a unirse contra el sexismo? ¿O hay intereses de clase opuestos que harían inútil tal estrategia?

Los conflictos de interés de seguro que pueden aparecer entre las mujeres de clase trabajadora y las ricas de clase media o de la clase dominante. Por ejemplo, en Francia,

en una conferencia feminista en 1900 las delegadas se dividieron ante el tema del mínimo salario para las sirvientas domésticas, medida que habría lastimado los bolsillos de aquellos que podían pagar sirvientas. Hoy, las consignas por ausencia con goce de sueldo por paternidad o los servicios de guarderías enfrentarán la oposición de los dueños de los negocios que no quieren que achiquen sus ganancias. El feminismo no es siempre bueno para la generación de ganancias en el corto plazo. Las luchas por la igualdad económica con los hombres en la sociedad capitalista necesariamente incluirán una lucha continua y permanente por reivindicaciones —esencialmente una lucha de clase.

Entonces, los diferentes intereses de clase pueden a veces poner obstáculos a la unidad feminista en un nivel práctico. Es de todas maneras mucho más importante para los anarquistas acentuar la conexión con el más amplio movimiento feminista que enfatizar las diferencias. Después de todo, las clases dominantes están en minoría y la vasta mayoría de las mujeres en la sociedad comparten un interés común en ganar la igualdad económica con el hombre. Además, muchas temáticas feministas no están afectadas por tales conflictos de interés basados en la clase pero conciernen a todas las mujeres en distinto grado. En lo que tiene que ver con los derechos reproductivos, por ejemplo, los anarquistas en Irlanda hemos estado y continuamos estando involucrados en grupos pro-choice [por la legalización del aborto] al lado de partidos capitalistas sin comprometer nuestras políticas porque, en lo que tiene que ver con la lucha contra el sexismo que niega a las mujeres el control de sus propios cuerpos, ésta es la mejor táctica. Finalmente, vale la pena también notar que a menudo el rechazo del “feminismo de clase media” viene de los mis-

mos anarquistas/socialistas que abrazan la definición marxista de clase (dada al inicio de este artículo) que ubicaría a la mayoría de las personas de clase media firmemente en el rango de la amplia clase trabajadora.

Reformas, no reformismo

Hay dos enfoques que podemos tomar hacia el feminismo: nos podemos distanciar de otras feministas enfocándonos en la crítica al feminismo reformista o podemos apoyar totalmente la lucha por las reformas feministas mientras permanentemente decimos ¡Queremos más! Esto es importante especialmente si queremos hacer al anarquismo más atractivo a las mujeres (una encuesta reciente del Irish Times mostraba que el feminismo es importante para más del 50% de las mujeres irlandesas). En la visión anarcocomunista de la sociedad futura con su principio guía, a cada cual según sus necesidades, de cada cual según sus posibilidades, no hay parcialidad institucional contra la mujer como la hay en el capitalismo. Además de los beneficios tanto para las mujeres y hombres el anarquismo tiene un montón para ofrecer a las mujeres en particular, en términos de libertad sexual, económica y personal yendo más profundo y ofrece sobre todo más que cualquier igualdad precaria que pueda ser alcanzada bajo el capitalismo.